

La autonomía de las Antillas [microform]

390

LA AUTONOMÍA DE LAS ANTILLAS.

SU HISTORIA, SUS PRINCIPIOS, SUS ERRORES, SUS TENDENCIAS Y SU PORVENIR, ANTE LA RAZÓN, ANTE EL DERECHO Y ANTE EL PATRIOTISMO, POR DON IGNACIO DIAZ CANEJA, DIRECTOR DEL "BOLETIN MERCANTIL."

Pedro de Angelio 11-29-87

PUERTO-RICO.

IMPRENTA DEL "BOLETIN MERCANTIL," FORTALEZA 24 Y 26.

1887.

LA AUTONOMÍA DE LAS ANTILLAS.

SU HISTORIA, SUS PRINCIPIOS, SUS ERRORES, SUS TENDENCIAS Y SU PORVENIR, ANTE LA RAZÓN, ANTE EL DERECHO Y ANTE EL PATRIOTISMO, POR DON IGNACIO DIAZ CANEJA, Director del "Boletin Mercantil."

PUERTO-RICO.

IMPRENTA DEL "BOLETIN MERCANTIL," FORTALEZA 24 Y 26.

1887.

LC

Es propiedad. Queda hecho el depósito que previene la ley.

Library of Congress

Gift. Alice B. Gould. Dec. 1, 1941

LC

Sgno. D Caneja

1

A LA PATRIA Y SUS ANTILLAS.

Ni á grandes, ni á poderosos, ni á retóricos, ni á sabios. Pongo la dedicatoria á la PATRIA Y SUS ANTILLAS, porque el honor de la primera y el bienestar de las últimas han inspirado esta pobre, pero sincera, ofrenda de patriotismo. Y quizás, en la cortedad del obsequio, sea éste el único mérito de tan insignificante obrita.

Puerto-Rico, 20 de Octubre de 1887.

EL AUTOR.

2 3

DOS PALABRAS.

No tan sólo por impugnar la *autonomía*, sistema de gobierno, que, sinceramente, creo fatal y ruinoso para las Antillas, sino que también por defender al *Partido Español Incondicional*, que mantiene principios diametralmente opuestos á aquélla, siendo, con tal motivo, objeto de todas las invectivas, he pensado en publicar este folleto. Mucho más habría podido escribir sobre *autonomía*, si hubiese imitado el ejemplo de los sectarios y tomado nota de algunas de sus manifestaciones; pero, he preferido quedarme en la serena región de los principios, á donde no pueden llegar ni las sospechas de imparcialidad ni los peligros de apasionamiento. Y, por eso, si no espero que me premien, tampoco temo la crítica imprudente.

Ignacio Diaz Caneja.

I. LA AUTONOMÍA Y SU HISTORIA.

No es tarea fácil el examen detallado de un sistema, que principió á dar señales de vida allá en los comienzos del presente siglo, y, desde entonces, ya con un nombre, ya con otro, rodeado siempre de las sobras de la ambigüedad y del misterio, continuó hasta nuestros días en que, un tanto modificado, pretende mostrarse con franqueza, cual si constituyese una verdadera legalidad ó una gran fortuna para los pueblos.

La *autonomía*, en su sentido absoluto, en su verdadero sentido, en el sentido que le dan los autores, que de ella se ocupan, y las muy contadas regiones, que la disfrutaban, esto es, en la significación de un *estado propio con sus propias leyes, con su particular gobierno y administración exclusiva*, data desde la remota fecha en que la tendencia de emancipación comenzó á latir en la América española, sin más diferencia que la de haberse traducido allí en hecho consumado y violento lo que, hasta hace poco, no ha pasado en las Antillas de una mera teoría y una tendencia abstracta.

La *autonomía* relativa, mejor dicho, la autonomía limitada, á la que tiene, á saber, por base un *cuasi estado propio* de las provincias antillanas, con la *cámara insular* y la facultad de votar y disponer cuanto tenga relación con los intereses locales, sin desconocer, por eso, la soberanía de la Nación, aunque esta soberanía resulte ilusoria, ha tenido diferentes manifestaciones. Ya en las Cortes de 1837 obtuvo los honores de la discusión, y alcanzó solemne culto por boca de uno de aquellos señores diputados. Tras esto puede decirse que, cual si llevase el estigma de los malos pensamientos, cayó en el olvido, hasta después de la revolución de 1868 en que volvió á asomar su cabeza, completamente desfigurada, por las diversas tendencias que en ella se dibujaban. En Cuba degeneró muy pronto, desgraciadamente, en propaganda separatista, yéndose sus sectarios á la *manígua*, y de aquí la terrible, sangrienta y desoladora guerra de diez años, la mayor que registra la historia, desde los Fenicios hasta nuestros días, como ha dicho un notable político contemporáneo. En Puerto-Rico no siguió tan torcidos rumbos,

Library of Congress

y resolvió quedarse en los límites de un *radicalismo* absurdo, de un *reformismo* genérico, de *republicanismo* caótico y de una *democracia* inconsciente en muchos, pero que no traspasaba las esferas en que giraban los partidos avanzados de la Península. Sólo alguno que otro periódico se atrevió á levantar bandera con aquella frase, y una y otra quedaron confundidas ante la indiferencia de un público refractario á la novedad.

A esto siguió una situación por demás excepcional para los amantes de aquella forma de gobierno y para sus afines en principios políticos. Largo tiempo permanecieron sin mencionar, ni nombrar siquiera, la *autonomía*; empero, no perdían la ocasión de mostrar sus simpatías y su adhesión á los hombres que creían partidarios y sostenedores de dicho sistema, tales como los señores Bernal, Bona y Labra, dando á este último su representación en Córtes por uno de los distritos de la Isla. Esta conducta demostraba, bién á las claras, que el espíritu de las doctrinas autonómicas vivía como latente en el corazón de algunos, ya que no en el de la mayoría, pues, sin apelar á otras demostraciones, notorio es que el *Partido Reformista Puertorriqueño*, en cuyo seno se abrigan aquellos políticos, se declaró en la Junta Magna de 1883 partidario de la *asimilación*, como medio, y de la *identidad* de leyes con la Metrópoli, como fin, pidiendo la *descentralización administrativa, al igual la tuviesen las provincias peninsulares*; extremos todos incompatibles con la propaganda autonómica.

A tan solemne declaratoria siguió una campaña general de todos los órganos del *reformismo*, en favor de los ideales proclamados en la referida asamblea, con un jefe al frente, que los profesaba 7 de corazón, y fué esa campaña tan ferviente y exagerada, que, rindiendo ciego culto al principio de la *asimilación* absoluta, ó sea, la *identidad*, llegaron á pedir para las Antillas el planteamiento del *servicio militar* obligatorio, con otros males que sufren nuestros hermanos de la Península y de que se ven libres los antillanos. No se oían entonces más que votos por la *igualdad* absoluta entre los españoles de ambos hemisferios, y apóstrofes contra lo que llamaban ellos *colonia* y sus *leyes especiales*. Parecía, en verdad, que se había llegado en Puerto-Rico á la meta de una aspiración constante é invariable, miéntras que en Cuba, desde la Junta Magna de

Library of Congress

1881, se sostenía el sistema opuesto por los políticos que aparentaban iguales ideas á los de aquí, proclamando la *autonomía* en su órgano más caracterizado, *El Triunfo*, intérprete en la prensa de los ideales de esa fracción.

Parecía, en efecto, que la *asimilación* había llegado á ser en Puerto-Rico el último término de las evoluciones reformistas; pero, no resultó así; siempre la fluctuación, la duda y la inestabilidad, han sido signos característicos de los partidos, que, para lanzar sus programas, no consultan á las necesidades y conveniencias públicas, ni se inspiran en lo que la justicia y la razón, la legalidad, el pasado y el porvenir, exigen y recomiendan á los que presumen dirigir y encauzar la opinión popular. Aquella campaña tocó á su fin, y pronto, muy pronto, varias de las indicadas publicaciones, hicieron pedazos los aún recientes moldes de la *asimilación* SUI GENERIS, que defendían, rompiendo un equilibrio que parecía seguro. Esos periódicos, si bien con muy poca suerte, levantaron de nuevo la bandera *autonomista*, y ya desde entonces quedó definitivamente sembrada la semilla, que había de germinar más tarde, aunque endeble y raquítica, como lanzada á un suelo poco apto para recibirla y desprovista de las condiciones indispensables para su progresivo desarrollo.

Era la marcada con este acontecimiento una época de incertidumbres y vacilaciones. Los prohombres del partido organizado en 1883 no sabían á qué atenerse, ni qué disposiciones adoptar, en vista de la contraposición de ideas, que se agitaban en su seno. Al fin, unos, la mayor parte, se retiraron á sus tiendas, y otros avanzaron por aquella senda, con sus poco numerosas filas engrosadas con algunos adeptos de la *víspera*. Viéronse estos impotentes y mal avenidos, y creyeron de necesidad, para evitar la derrota inmediata, apelar á los subterfugios y sofismas, tratando de demostrar que la suya había sido siempre bandera del *Partido Reformista Puertorriqueño*, y la de cuantos fueran considerados como directores de dicho partido, en su accidentada existencia sobre el campo de la política; afirmación que fué mirada no más que como simple recurso forjado por las ilusiones del deseo, ante el temor de un descrédito próximo é inevitable.

Library of Congress

Se ofrecieron á la sazón varios discursos de los Diputados autonomistas cubanos, en la Representación Nacional, y los modernos sectarios, sacando fuerzas de flaqueza y haciendo entusiasmo de su propia soledad, no creyéndose seguros en su última evolución, ni con fuerzas para llevar adelante su programa, apelaron á la humillante idea de una *fusión* con los autonomistas cubanos, aceptando todos sus ideales, y, por ende, todas las consecuencias, muy poco previsoriamente; fusión que se ha proclamado, pero que no se ha llevado á cabo, según se ha visto, no por falta de voluntad en los que la intentaron, sino por desvío ó indiferencia de los solicitados, de quienes es fama constante y general, confirmada por multitud de hechos, que nada buscan de común con nuestras aspiraciones é intereses. Y, para llegar hasta aquí, no vacilaron en contradecirse de un modo escandaloso, y en negarse á sí mismos, pidiendo *la colonia con todas sus leyes especiales*, de la cual aborrecieran y maldijeran antes, atribuyéndole todo género de despotismos, abyecciones é injusticias.

En esta última etapa se halla, mejor dicho, yace, esa abigarrada fracción desprendida del antiguo reformismo puertorriqueño. Y de ese grado, como asustada de su propia obra, comenzó luego á descender, diciendo, en oposición á sus primeras manifestaciones, que no pide ni quiere la verdadera *autonomía*, esto es, el *gobierno del país por el país*, sino la *autonomía administrativa*, solamente, ó sea, la *administración del país por el país*, no reparando, porque la ceguedad la guía, que en esa absurda *autonomía administrativa* van comprendidas las cuestiones de fomento, de instrucción, de hacienda y hasta las de orden público; en una palabra: todas las que constituyen el verdadero gobierno de los pueblos. Algunos timoratos no vacilan aún en dar á esa autonomía el nombre de *descentralización*, la cual convierten á su vez en *autonomía*, con pueriles juegos de palabra y equívocos de estudiado efecto.

Hé aquí la historia que nos propusimos hacer, conforme, en un todo, á los acontecimientos; historia que no puede consagrar religión ni fundar escuela; pero, que ofrece, en cambio, poderosos motivos para dirigir á sus prosélitos la siguiente reflexión,

dado que el sistema que invocan no pasase de los límites de la autonomía administrativa: Habeis pedido siempre, una por una, todas las reformas; estas reformas han llegado ya, en mayor número del en que las habíais pedido, y, cuando todo lo teneis, desde la constitución hasta el código, desde la ley hipotecaria hasta el registro civil, desde la ley de reuniones, hasta la libertad de imprenta, desde el sufragio hasta las cámaras de comercio, con 9 otras muchas más, ahora decís: no, no queríamos eso; nada de eso necesitamos ahora; lo que queremos, lo que necesitamos, es precisamente lo contrario; que nos dejes *regirnos y administrarnos por nosotros mismos*.

¿Es esto lógico? ¿Es ello procedente? ¡Vaya unos políticos!

10 11

II. ILUSIONES ENGAÑOSAS.

EL *reformismo puertorriqueño* habrá sido todo lo que se quiera; mas, con hechos públicos é innegables, podemos demostrar nosotros que hasta ahora, por de contado, no ha sido *autonomista*, á menos que lo fuese á la usanza de los redactores de cierto periódico; esto es: *autonomista, pero sin decirlo*, en cuyo concepto cualquiera podrá apellidarse mañana como le convenga, según las circunstancias.

¿Autonomista el reformismo? Esta y otras ilusiones se hacen los insensatos que de un solo paso pretenden salvar la inmensa distancia que media entre aquel sistema y las ideas que profesaran anteriormente y defendieran con calor en sus *meetings* y periódicos, abrazando, recientemente, una bandera, que sólo servirá para sudario de sus mortales despojos.

¡El reformismo autonomista! No apelaremos á consideraciones filosóficas, para demostrar lo contrario. Los hechos, de que vamos á tomar nota, bastarán al efecto. Y hemos de lograr por ellos despojar á los *pseudo-autonomistas* de sus ilusiones; así debemos hacerlo, porque tenemos interés en que los campos se deslinden, concretándose las opiniones y evitando que todo se involucre, ideas y personas, principios y sistemas,

Library of Congress

con menoscabo de la conveniencia y veracidad políticas, y no debemos medir nuestras armas con dispersos guerrilleros, que suben á la montaña, descienden por el valle, y merodean nuestro campo, para herirnos, abroquelados en la oscuridad, ni habremos de llegar con nuestra bandera hasta las regiones en que la duda nace, y toda inconsecuencia tiene su asiento; y no queremos tampoco encontrarnos, al llegar al puesto de combate, con *molinos de viento*, cuyas aspas, voltean á todos lados. Principios, que hoy se defienden y se impugnan mañana, ó *vice versa*, ¿á qué conducen en el concierto de la pública discusión?

Por esto nosotros, á unos debemos quitar la venda, y á los otros arrebatár la mayor de sus ilusiones, es decir, la ilusión de imaginarse ó de pensar que el *partido reformista puertorriqueño ha sido siempre autonomista*, como afirmó, poco há, uno de sus principales órganos, trabajando por su nueva causa, contra toda razón y toda historia, y agregando además que la última Asamblea de ese partido se pronunció en tal sentido. ¡Qué gravísimo error!

Para hacer ver lo contrario, y anunciar, al propio tiempo, la gran soledad que rodea al nuevo autonomismo y sus secuaces, y la muerte, que, dentro de esa soledad, se elabora, no tenemos más que copiar al pié de la letra las bases acordadas por dicha Asamblea, en 1883, (bien cerca está), las cuales puede decirse también que constituyeron el testamento de esa maltrecha agrupación; esas bases fueron publicadas y aplaudidas por los órganos reformistas, que entonces eran fervientes partidarios de la asimilación, contra la cual se levantan hoy, convirtiéndose en facciosos de su propia causa.

Base primera: *El procedimiento del partido liberal reformista debe ser, como ya lo ha declarando, el de la ASIMILACIÓN*, entendiéndose por tal

(A) “ La identidad de *derechos y deberes políticos entre españoles peninsulares é insulares*.

Library of Congress

(B) *Igualdad en el orden político y judicial, sin más diferencias, respecto del último, que las que haga indispensables, en los términos procesales, la distancia de esta Provincia á la Metrópoli.* ”

(C) La descentralización administrativa, en el MISMO CONCEPTO EN QUE LA DISFRUTEN, EN LO SUCESIVO, LAS PROVINCIAS PENINSULARES.”

Ahora bien; si en aquella próxima fecha el *reformismo* proclamaba como su único procedimiento *la asimilación*, y todos los sistemas políticos no son más que cuestión de procedimiento, ¿cómo puede haber escritor bastante iluso para asegurar que 13 aquella colectividad venía profesando abiertamente la *autonomía*, que es, precisamente, el polo opuesto de la *asimilación*?

La *identidad* de derechos y deberes políticos y jurídicos, que defienden las citadas bases, ¿es compatible con el sistema *autonómico*, ó, por el contrario, se opone á él de un modo abierto y decidido?

Hasta en lo que esas bases indican de la *descentralización administrativa*, ¿no se dice, terminantemente, que esto ha de ser en el mismo *concepto en que la disfruten las provincias peninsulares*? ¿Puede darse, por tanto, idea más cabal y completa de la *asimilación*, que proclamó la Asamblea reformista de 1883?

Bien se ve ya el error en que están esos autonomistas de nuevo cuño, que nos han salido, y quisieran convertir á todo el mundo en lo mismo, tan solo porque ellos lo son, desconociendo la historia del pasado, que les contradice, y faltando á toda consecuencia, que les acusa de tráfugas y veleidosos, en su propio daño.

Y cuenta que esas bases no fueron, como quien dice, innominadas, cual si no hubiesen tenido defensores, pues además de que á la expresada Asamblea asistieron los hombres principales del reformismo antiguo, las aceptaron, entre otros, nada menos que bajo su

Library of Congress

nombre y apellido, tres de los que forman actualmente el Consejo Directivo del periódico que podríamos llamar ahora *estandarte* de la *autonomía* en Puerto-Rico.

Pero ¿á qué más? Hasta ese mismo periódico las ha aceptado, siendo el más acérrimo defensor de ellas. ¿Quién más que sus maestros estamparon las siguientes frases: “El Rey es *asimilista*, el Gobierno es *asimilista*, nosotros somos también *asimilistas*? ¿Quién más que él escribió lo siguiente: “Aspiramos al *mismo grado de descentralización* que se disfruta en la Península? Y luego: “Pues esta es la *asimilación*, que queremos: la ciudadanía española, toda la ciudadanía española, mediante la *identidad de derechos y deberes*.” ¿Puede darse condenación más explícita del autonomismo, que ahora defiende dicha publicación, pidiendo las *leyes especiales*, y hasta la *colonia*, que tanto había combatido?

Aun tenemos otra prueba, sacada nada menos que de otro periódico correligionario y consejero de aquél, el cual, dirigiendo á éste la gran *filípica*, á principios de Junio del año 1883, se expresaba en los siguientes términos:

“Nos parece que sufre alguna confusión nuestro compañero, al suponer, (como supone todavía), que la *asimilación* y la *identidad* expresan ideas análogas.... Si el Partido liberal-reformista PROCLAMA como su ideal político la ASIMILACIÓN de 14 nuestra provincia á la Metrópoli, ¿cómo, entonces, ha de aceptar la *identidad*?”

Creemos lo dicho muy suficiente para matar el error de cuántos, olvidando la historia, y desconociendo sus propias aberraciones, sin duda que con el afán de justificar sus extravíos, se forjan la ilusión de creer que todos, antes que ellos, y hasta el mismo partido de que procede su filiación, fueron *autonomistas*. Ya han visto lo contrario, y, por lo mismo, convénzanse de que están solos, y teman por su soledad, pues el Libro Santo lo ha dicho: ¡Ay del solo!

Sigan, pues, los nuevos autonomistas quitando *verdes* hojas á la *aureola* con que han pretendido adornar sus frentes de triunfadores, y vean cuán pronto los laureles, que

quisieron arrebatarse, se convirtieron en *corona de espinas*, que hieren sus cerebros de políticos ciegos é inconsecuentes.

Por todo se convencerá la Isla de quiénes son esos que aspiran á ser los mentores de la opinión, convertidos en sacerdotes de una temeraria idea, después que quemaron incienso ante los altares de la contraria. Juzgados están en la historia de sus infinitas variaciones, que los envuelve, los oscurece y los aparta de la luz que vivifica, incapacitándolos para ser admitidos en el concierto de una discusión razonada, diáfana y provechosa.

¡Modernos autonomistas! Si veis morir, en flor, vuestras ilusiones; si sentís el rubor de tener que arriar vuestra bandera, no habéis, no, en nombre del país, ni aun siquiera en nombre del partido al cual volvísteis la espalda, el día en que quizás necesitaba más de vuestro concurso. Caminad solos. Ni vuestro partido, ni nadie está con vosotros, porque vais ciegos, y os precipitais en el abismo.

15

III. CONTRADICCIÓN MONSTRUOSA.

FARAUTES del reformismo! ¿Quién pensaría, que, caminando de horizonte en horizonte, como decía aquel oráculo de la ciudad del Sur, y, buscando el progreso indefinido, ese progreso, que vosotros perseguís, pero que dista mucho de ser tal como os lo imagináis, habríais de caer por vuestros mismos pasos en la *colonia*, que tanto maldijisteis, y de la que tanto abominasteis, cual si fuese ella humillante *behetría*, y vosotros sus siervos desgraciados?

¿Quién pensaría, que ese memorable artículo de las *leyes especiales*, vigente desde la Constitución nacional de 1837, contra el cual lanzasteis toda la hiel de los oprobios é invectivas, para pedir la plenitud de la ciudadanía española, en la *identidad* absoluta

Library of Congress

de derechos civiles y políticos, habría de ser ahora vuestra común bandera y el código fundamental de vuestros inverosímiles destinos?

¿Quién pensaría que, de evolución, podríais retroceder hasta el punto de partida, y pretenderíais á la vez, llegar al término, extremos ambos incompatibles, y distantes como lo están los polos; esto es; quién podría imaginarse que, para 16 avanzar, tomaseis el pretexto de *ir contra la colonia*, y que, al propio tiempo, para quedaros en la *autonomía*, os abrazaseis á las leyes y usos de esa colonia misma?

Pues todo esto habeis realizado en el término de unos meses, de unos dias, y hasta, puede decirse, que en el de unas horas. El error es como la desgracia, que conturba en un solo instante la felicidad de muchos años; es como el rayo que baja de pronto, y mata. ¡Quién hará ya caso de vosotros! ¿No pareceis nuevos Edipos, que caminais, con los ojos sin luz, de precipicio en precipicio, por los umbríos desiertos de la política?

Pues todo eso, y algo más, ha realizado, el *Partido Autonomista*, en el corto espacio de unos meses, *pidiendo el régimen de las leyes especiales*, como indispensable y sumamente útil para estas provincias, que es lo que constituye la *colonia!*, y, al mismo tiempo, defendiendo la *autonomía*, con su *Cámara Insular*, con su *Consejo de Gobierno*, con sus facultades para votar contribuciones, acordar aranceles, nombrar empleados, y hacer *cuánto tenga relación directa con el interés local*, que, bien analizado, es el todo de lo que hay que hacer en un país.

¡En la autonomía y en la colonia!

Pero, veamos qué significan una y otra en boca de ciertos seides del reformismo antillano y de sus pocos sectarios ó parciales.

Colonia. Hoy es el imperio de la razón y del derecho, porque, como decía *El Triunfo* de la Habana, y aceptó *El Clamor del País* de Puerto-Rico, las condiciones peculiares de las Antillas requieren en lo social, político y económico, leyes é instituciones distintas, ó,

Library of Congress

lo que es lo mismo, instituciones y leyes *especiales*. Hace poco, la palabra colonia no significaba más que *exclusivismo y monopolio*, y diciendo *colonia* se quería significar la *arbitrariedad, la injusticia y el servilismo* con que eran tratados los *parias desheredados*. De modo que lo que ayer era pésimo, ¿hoy es saludable y santo? Ni entre paganos ó gentiles que nos halláramos.

Autonomía. Nadie la conoce, desde que los últimos sectarios se convirtieron á ella, desfigurándola, desnaturalizándola, y convirtiéndola en el *sincretismo* más irracional y absurdo.

Analicemos un poco. *El Clamor del País* de Puerto-Rico se afilió, por completo, á la autonomía de *El Triunfo* de la Habana; *El Triunfo* de 22 de Mayo de 1881 dijo: “Lo que queremos, en el régimen autonómico, es lo que se llamó en día solemne EL GOBIERNO DEL PAÍS POR EL PAÍS; y *El Clamor* en 23 de Setiembre de 1886 rechazó, sin saberlo, esa misma doctrina del *gobierno del país por el país*, diciendo: “No se pide á Cuba y Puerto-Rico para los cubanos y puertorriqueños; se 17 reclama LA ADMINISTRACIÓN DE Puerto-Rico y Cuba para los que las hacen producir con su laboriosidad.” Y, por si esto no fuese bastante claro, ahí está *El Buscapié*, eco, en parte, de *El Clamor*, que escribe en el número 61 de dicho año: “Los autonomistas antillanos no aspiran á *gobernar el país*, sino á que el país intervenga en la ADMINISTRACIÓN de sus intereses locales.” ¿Qué piden, pues, cuando, al tomar por bandera la de *El Triunfo*, de él se apartan en la doctrina fundamental?

Así mismo, tanto *El Triunfo* como *El Clamor*, reclaman el régimen de leyes especiales, y, á renglón seguido, este último colega pide la *igualdad* de procedimientos *civiles y criminales* con la Metrópoli, los *derechos individuales inherentes* á la condición de *ciudadano español*, con *idénticas leyes generales y políticas*, que rigen en la Península. ¿Hay quien entienda tan contradictoria algarabía?

Library of Congress

El Clamor invoca, además, la autonomía defendida por el señor Labra, el cual, piénsese de él como se quiera, lejos de defender el *régimen especial*, sostiene como base fundamental de su sistema la *identidad* de derechos y deberes entre españoles insulares y peninsulares, según se deduce del proyecto de constitución presentado por él en 1869; *identidad*, que es de todo punto incompatible con la *especialidad* de la autonomía. É invoca también el citado periódico el autonomismo de D. Félix de Bona, que escribió en la "Revista Hispano-Americana," allá por los años de 1865 á 66, bajo su nombre y apellido, el siguiente párrafo:

"No extrañen, por consiguiente, los partidarios de las *leyes especiales*, completamente autonómicas, que yo no desee para las Antillas esa autonomía á que han llegado las colonias inglesas; soy, repito, español...."

¿Cuál y cómo es, pues, la autonomía que defienden los nuevos sectarios? Imposible es saberlo entre tantas afirmaciones y negaciones simultáneas. Lo que, sí, sabemos es que ni es la autonomía de los autores, ni la autonomía gubernamental, ni la autonomía planteada en región alguna, sino otra cosa muy distinta, que sólo ellos entenderán, pero que no puede adquirir prosélitos ni fundar escuela, porque se aparta del verdadero *self-government* y del categórico *self-administración*, y huye de uno y otro extremo, para caer en otros igualmente peligrosos, y, si cabe, más absurdos, por lo mismo que no se ajustan á principios fijos, ni á conclusiones lógicas. Es peregrino lo que con ellos ocurre. Se pasan á la *autonomía*; les parece mucho, y retroceden á la *descentralización*; se colocan en ésta; les parece poco, y pasan otra vez á la *autonomía*, y así andan fluctuando, cual naves sin rumbo fijo, que se alejan cada vez más del suspirado puerto.

18

¿De qué proviene todo esto? La explicación no puede ser más sencilla. Los sistemas políticos, en imaginaciones inexpertas, son como las armas en manos de inocentes niños.

19

IV. ¡SÉPALO EL PAIS!

UNA parte del reformismo puertorriqueño, tras mucho andar á tientas, como los ciegos, y convicta de impotencia para realizar sus planes, dentro de una política sensata y de resultados prácticos, al abrigo del orden más perfecto y de la legalidad más estricta, ha decidido, por fin, precipitarse en los escollos de la *autonomía*, de la que sólo podrá volver con llanto en los ojos y remordimiento en el corazón.

Allá vá ese abigarrado conjunto de individuos, proclamando las excelencias de un sistema que viene á constituir, en las presentes críticas circunstancias, la rémora fatal de nuestro progreso. Allá van sus secuaces como atraídos por el abismo y poseídos del vértigo, que les impide meditar en el porvenir. No preguntemos á muchos de ellos á donde les lleva su obcecación, pues, realmente, no lo saben; son meros instrumentos de planes forjados al calor de una idea que se ha expuesto de modo apto para hacerla amable; van tras el estandarte de una ilusoria novedad, seducidos por el canto de sirenas embaucadoras, que siempre hallaron en la sencillez del pueblo el triunfo de sus ardidés y su astucia.

Los momentos no pueden ser más decisivos y solemnes, y 20 debemos aprovechar en ellos la útil enseñanza que contienen. Hora es ya de que la Isla toda, meditando sobre ese movimiento que se opera actualmente en su seno, por unos pocos, sepa á qué atenerse, para conocer quiénes y cuáles son los *verdaderos amigos* y los sinceros amantes de su bienestar y prosperidad; si los que, invocando estos sagrados nombres, obran en sentido diametralmente opuesto, ó los que, por el contrario, ajustan sus doctrinas y procedimientos á lo que de cada cual exige la conveniencia pública, positiva, real y permanente.

Hasta aquí la voz genérica de *reformas* fuera la bandera al rededor de la cual se congregaran muchas dispersas huestes, que vieron cumplidos sus deseos, en todas las que se han hecho, desde el año 1870 hasta la fecha; mas, por lo visto, para algunos esa voz no era más que una consigna, y, así, realizadas ya todas las que se pedían y

Library of Congress

más, véseles avanzar de *horizonte en horizonte*, como anunciara cierta publicación, sin que se alcance á vislumbrar el término de tal evolución, en el laberinto de doctrinas y antagonismos que se dibujan para lo futuro.

¡Ah! Si la Isla se interesa, sériamente, por su porvenir; si la inmensa mayoría de hombres sensatos, que habitan este suelo, no han perdido aun el don de consejo y acierto que les distingue y ha distinguido siempre, deben unirse en apretado haz, para reprobar esas tendencias, que sólo preparan y anuncian males sin cuento y sin mezcla de bien alguno. Si porque nos creemos incapaces, con nuestros exclusivos recursos, pedimos el auxilio de los poderes públicos, ¿qué lograremos, cuando se lance á la faz de la nación el soberbio grito de *autonomía*?; ¿qué habremos adelantado, cuando digamos que no queremos ni necesitamos lo que con tanto ahinco pedimos y suplicamos hoy, lo que con tanta insistencia hemos pedido y suplicado siempre?

La Isla, repetimos, debe fijarse mucho en la nueva evolución que se prepara, para que así logre dar á las fracciones, que en ella se agitan, el lugar que á cada uno corresponde, decretando en su solemne é inapelable fallo el aislamiento de los que, por aquel camino, han llegado á apartarse de la idea general dominante en el concierto de la opinión. La Isla no puede renegar, no, en un solo instante, y porque así les plazca á unos cuantos *regeneradores*, de un pasado honrosísimo, y tal haría, si se entregase en brazos de los que, habiendo permanecido quizás indiferentes á su suerte, pretenden hoy someterla á Cuba, y producir en su vida política, siempre prudente y discreta, las mudanzas y contingencias de una situación excepcional y aventurada, y tal haría, si se dejase guiar, si escuchase siquiera los reclamos del grupo autonomista, que aspira á dar en la ciudad de Ponce su primera, y, seguramente, que última y decisiva batalla.

21

¡Ponce!; bella ciudad del Sur, donde á los encantos de la naturaleza se unen los entusiasmos del espíritu y las vehemencias de la imaginación; pero, ciudad que se aparta con frecuencia de las corrientes de la idea, queriendo atraer hácia sí todo el interés, toda

Library of Congress

la importancia de la Provincia; que, generalmente, ha obrado por su propia cuenta, en asuntos de utilidad común, cual si fuese el cerebro indiscutible de toda la Isla, y que, aspirando á dar el tono, vive por lo regular entregada á la ciega idolatría de sus númenes, como si en su exclusivo suelo y en sus solos hombres estuviesen vinculados el porvenir y el acierto de las resoluciones; Ponce; esa ciudad progresista, que tantas simpatías inspira, pero, que corre demasiado hácia la meta, y quizás por caminos que á ella no conducen, es el sitio donde se ha elaborado el *plan* para el cual acaba de darse cita el naciente *autonomismo*, con ocasión de la venida anunciada de los señores diputados cubanos, que, si muy apreciables como caballeros y dignos de respeto como ciudadanos, ni como políticos, ni como diputados, indiferentes á nuestro bien, muestran títulos, servicios ó merecimientos, para que con su sola presencia se trate de cambiar la manera de ser de este pueblo morigerado y sensato, que á estas virtudes debe los envidiables timbres de su hidalguía y proverbial nobleza.

Hácia Ponce dirige hoy la Isla sus miradas, en espera del desarrollo de ese *plan*, que acaba de lanzarse á los vientos de la publicidad, con toda la pompa y con todos los detalles de doctrina, que los estados soberanos dan á las constituciones votadas en asambleas deliberantes. Principios contiene ese plan, que le hacen de todo punto inverosímil é inaceptable, y de presumir es que el País los rechace, totalmente, correspondiendo con la indiferencia debida á la predicación de ideas que no se avienen con sus costumbres y tradiciones.

El plan de los *modernos autonomistas* puede compendiarse en los puntos siguientes, según el texto publicado como proyecto:

1°. *El libre pensamiento*, con todos los *derechos* individuales; esto es: la constitución más lata y democrática del mundo.

2°. Por consecuencia, la *libertad de cultos*; ¡en un país como éste, de ideas católicas tan arraigadas!

Library of Congress

3°. *La autonomía municipal y provincial*, que nos divorciaría, propiamente, de la vida nacional, y nos arruinaría.

4°. *República Española*, que forma el gran contrasentido con lo anterior, puesto que otras provincias no buscan la autonomía, ni cosa que se le parezca, y, además, *república, española y autonomía* cosas son que se rechazan, mutuamente.

5°. *Libre cambio exterior é interior*, que acabaría de hundirnos, 2 22 puesto que redundaría tan sólo en beneficio de los pueblos productores en grande escala.

6°. *Sufragio universal* para todo el que se halle plenamente en el uso de su razón. Sufragio menos restringido no se nos citará en estado alguno del mundo civilizado, como podría demostrarse.

7°. *Tributación uniforme, igual para todos*; esto es: que pagaremos al Estado el veinte ó veinte y cinco por 100, en vez del cinco, y menos, que pagamos hoy, con otros varios impuestos, que ahora no tenemos.

8°. *Las quintas, ó el servicio militar*, que equivale á pedir que sean arrebatados, anualmente, á la agricultura y á la industria tres mil jóvenes ó millón y medio de pesos, en caso de *redención*.

He aquí los más salientes detalles del nuevo plan *autonomista*; he aquí la obra, que se presenta como gigantesca y perfecta é impulsora de una reorganización que nace muerta, por fuerza de los principios mismos con que se pretende darle vida; he aquí el cuadro cuyas oscuras tintas le hacen semejante á inmenso panteón de ruinas, donde van á quedar sepultadas la vitalidad del reformismo, la consecuencia de varios de sus hombres, y las esperanzas de algunos de sus sectarios, bajo la pesada losa de doctrinas, que ponen á la razón por Dios, á la libertad individual por ley, y á la *autonomía provincial y municipal* por norma de gobierno.

Nosotros no combatiremos aquí contra cada uno de esos principios. Lo que queremos, sí, es presentar, sin ambages ni rodeos, ese plan, esa obra, ese cuadro, para que la Isla, ansiosa de bienestar y necesitada de prosperidad, los conozca, y juzgue, al propio tiempo, á sus autores, en quienes, si debemos suponer la buena fe que cabe en los demócratas exaltados, no podemos admitir la fortuna del acierto y discreción.

Ya se ve, pues, lo que quiere, lo que pretende, lo que prepara, ese grupo autonomista hijo de las contradicciones y generador de tristes y lamentables antagonismos. ¡Sépalos el país!

23

V. LA GRAN HUMILLACIÓN.

NO son los partidos políticos agrupaciones, propiamente, libres de cambiar el rumbo, á cada paso, y en cada instante, según las circunstancias ó conveniencias de sus corifeos. Son, por el contrario, cuerpos nacidos al impulso de su propia vitalidad, hijos de sus obras y esclavos de su invariable consecuencia, que siguen una bandera determinada, y obedecen á reglas fijas de doctrina, acción y movimiento.

Partido político, que se somete á otro, que cree más fuerte y poderoso, fundiéndose en él, revela de un modo claro su debilidad, destruye su razón, de ser, busca su muerte y desaparición, á la manera que los ríos desaparecen y mueren en el Océano; y, sobre todo, comete la *gran humillación*, que es un extremo fatal, que mata ó incapacita las verdaderas manifestaciones de la vida pública.

Pues á esos extremos, el *grupito autonomista*, que nos ha salido recientemente en la Isla, pretende conducir al antiguo *reformismo puertorriqueño*, guiado, únicamente, por su ceguera, que no por las lecciones de la experiencia, ni por las exigencias de verdadera opinión, que así lo aconseje. No extrañamos, á 24 la verdad, ese movimiento, pues, aunque inadmisibles, lógicos nos parece que, impotente, aislado y solo, como está aquel

Library of Congress

grupo, busque protección y amparo, en otras fuerzas y en otros campos, aunque sea á costa de su dignidad, y hasta de su propia existencia. Lo que hacemos, sí, es deplorar la impremeditación de los que de tal modo obran, y los daños, que, con semejantes tendencias, preparan para el bien general de nuestra Isla.

El grupito autonomista, que ya dijimos, y el cual á nada responde, que sea visible, en esta provincia, intenta, por todos los medios, hacer que se rinda el *partido reformista puertorriqueño* al bando *autonomista cubano*, alentando una híbrida *fusión*, en que el más débil se hace tributario del más fuerte, y queda sometido al mismo, como auxiliar insignificante, tan sólo en provecho de aquél. En este propósito, ha llegado ya hasta el extremo de haber solicitado la presencia de los *diputados autonomistas cubanos*, para celebrar en Ponce la *gran Junta* de que el *bochornoso pacto político* ha de salir firmado y ratificado.

¿Es esto procedente? ¡Ah! No puede ser, sin mengua de los partidos militantes en esta Isla, que obraron siempre por iniciativa propia, sin contar para nada con las corrientes de la política de Cuba, de la que tantos perjuicios hemos recibido, y seguiremos recibiendo, según es público y notorio, por hechos que no nos detendremos á reseñar. Contando, como cuenta Puerto-Rico, con personas de valer y mérito; después de tantas experiencias y de tanto luchar; tras las notorias ventajas que ha producido la política sensata en este país, intentar pasarse á los bandos cubanos, y confundirse con ellos, es cometer el gran error, es entregarse, atados de piés y manos, al enemigo formidable, es acercarse al límite de lo desconocido, marchando entre sombras, escollos é incertidumbres; es, en fin, caer en la *gran humillación*. ¿Quién no conoce el desvío, la indiferencia, el despego, la ingratitud y hasta la injusticia con que nos han tratado siempre esos políticos de Cuba?

Pero, no lo digamos solamente nosotros. Dígalo con nosotros el gran reformista y republicano, el gran amigo de los colegas que intentan aquel, casi inverosímil é inconcebible, movimiento, el señor don Julio Vizcarrondo, Diputado á Cortes por Ponce, y corresponsal actual y activo de *El Pueblo*, gran agitador de la idea.

Library of Congress

Pues bien; este señor Vizcarrondo, que á nadie sobre este asunto podrá parecer sospechoso, en un extenso manifiesto, que, allá por el mes de Julio de 1871, dió á los electores de esta Isla, manifiesto que conservamos íntegro y tenemos á la vista, se expresaba de la siguiente magistral manera, al ocuparse de la *fusión*, que entonces acariciaban algunos, y que ahora se debate. Sobre 25 sus palabras reflexionen y mediten los *fusionistas de hoy*. Dicen textualmente:

“No creo conveniente que siga Puerto-Rico la buena ó mala “suerte de Cuba; siga ésta su camino; nosotros tenemos el “nuestro, fácil y franco; hay *poco de común entre ambos pueblos*. “Los pavorosos problemas que encierra el porvenir de Cuba son “de fácil solución entre nosotros. Cuba despreció las leyes y “desafió la lógica inflexible del porvenir, acrecentando las dificultades “con la solución del problema social. Puerto-Rico, “*más sensato y previsor*, cerró sus puertas á la *tentadora ambición*, “y Dios *premia hoy su inspirada virtud*.”

“Registrad la estadística, y ved que *no hay entre ambas islas “lazo ninguno que las ate.”* Dios ha querido que marchen “en completa libertad. No hay comercio entre ambas, y su escas “comunicación postal revela que *ni aún los vínculos de la “amistad y la familia existen entre ellas; tenemos diferentes “inclinaciones, distintos usos y costumbres, y otras aspiraciones.* ”

“ No nos fundamos. Vivamos en amistosa *separación*.”

“Yo, que no quiero á mi Isla *colonia* de España, sino *provincia “española*, no querría verla nunca *colonia de Cuba*. El “esclavo más infeliz es el esclavo del liberto. ”

Así; de esta manera tan elocuente, en la citada fecha, se expresaba el señor Vizcarrondo, el corresponsal actual y ferviente amigo político de los promovedores de tan absurdo pensamiento, como es la fusión iniciada. Y no vale decir que las opiniones pueden haber cambiado con el curso de los años, pues la verdad no varía, las circunstancias son las

mismas, y las razones, alegadas por aquél en contra de esa idea son indestructibles, é igualmente poderosas y verdaderas, hoy que ayer.

¿Qué dicen, pues, á todo esto los pocos defensores de la absurda *fusión*, que quizás hayan acusado de temerarios é injustos á los que la atacaban? ¿No se convencen ya de que no son ellos competentes para dirigir la política de su partido, cuando de tal modo la extravían y la desnaturalizan, llevándola á términos viciosos é inaceptables? ¿No abrirán loa ojos para precaver, si aun tiene remedio, el horrible abandono y el desesperante aislamiento en que les van á colocar sus últimas maniobras hácia una nueva política de aventuras, que son la base y el origen de los errores que los sectarios vienen cometiendo, en doctrina y procedimientos, desde que, en mal hora, se abrazaron á la *autonomía*, verdadera tabla de su perdición? ¿No verán aun la soledad que les abrumba ya, el silencio que les abate, y la indiferencia que les empuja hácia el olvido y abandono, cual ramas desprendidas del árbol agitado por la tempestad?

¿Qué contestan, repetimos, á los *contundentes razonamientos 26 del señor Vizcarrondo*? En vista de aquellas frases, que forman el eco del criterio general, ¿qué piensan ya de la nueva actitud que acaban de adoptar? Pensarán lo que quieran; podrán continuar haciéndose ilusiones; mas, nosotros les auguramos, próximos y seguros, los desconciertos y el fracaso. Esa *gran humillación*, será, no lo duden, un gran escollo levantado en su camino.

27

VI. EL GRAN FRACASO.

Si el naciente aún, y ya casi muerto, partido autonomista puertorriqueño pudiese reflexionar sobre la gran decepción que acaba de recibir de los que él constituyera en sus mentores y proclamara maestros de su política y jefes de su última evolución, hallaría motivos más que sobrados para apartarse de una senda en la que vió, de un solo golpe, desvanecidas todas sus ilusiones y esperanzas.

Library of Congress

Al calor de la *fusión* con los autonomistas cubanos pretendieran organizarse aquí unos cuantos partidarios del régimen autonómico, no vacilando en someterse de un modo incondicional á directores extraños, y renunciando así, implícitamente, á la práctica de los ideales mismos que invocaban, al intentar el movimiento; y sucedió lo que debía suceder; que la alianza fué rota de la manera más inesperada, por los llamados á colocar la primera piedra del edificio, sin que, al efecto, se alegase por parte de éstos la más mínima excusa de cualquier fundado pretexto. Los ofrecimientos habían sido mútuos, las promesas francas, los preparativos completos, las aclamaciones entusiastas; todo estaba dispuesto para recibir en triunfo al triunvirato de 28 oradores cubanos, como la antigua Roma recibía á sus aguerridos generales, entre las ovaciones de un pueblo alborazado; y, para que no faltase nada, hasta se había hecho ya la constitución, mejor dicho, el cuerpo de leyes, de que había de surgir el flamante estado autonómico y por el cual habían de regirse sus partidarios; mas todo fué inútil, todo se resolvió en la más tremenda de las decepciones, en el más grande de los fracasos, quedándose las huestes, que debían de ser acaudilladas, sin jefes y sin bandera, en campo abierto á todas las intestinas luchas, sin fuerzas para seguir adelante, sin luz que disipe sombras, sin voz que infunda alientos, sin norte de esperanzas, sin ley de dirección. Los *oradores y maestros cubanos*, lejos de venir, volvieron la espalda con la mayor indiferencia.

La noticia cundió como el pánico de la derrota. Grandes esfuerzos se hacen por disimular sus terribles consecuencias; pero es inútil; el efecto está hecho, y nadie puede hacer que no sea lo que es, mal que les pese á los que en lo contrario cifraban todo un porvenir de acontecimientos gratos para su causa y funestos para la de sus adversarios. Se ha dicho que la lógica es el instrumento de las grandes expiaciones, y es mucha verdad; las cosas como empiezan deben acabar, y asía sucede siempre por una ley social y moral. La *fusión*, la *idea de la fusión*, había comenzado por un gran acto de irreflexión, por un impulso de acaloramiento que produjo el vértigo, y alcanzó el fin que alcanzan todas las cosas humanas, cuando á su dirección no preside un buen consejo. La *fusión*, dados los antecedentes, significaba el gran error político, y en política, lo mismo que en todo,

Library of Congress

los errores se pagan caros; se pagan con la muerte de los partidos que los cometen. La *fusión*, por último, implicaba una tendencia de humillación inadmisibles, y con ella han concluido todos los ensueños acariciados por la ceguedad y la inexperiencia.

Harto hará esa desgraciada fracción que se desprendió del antiguo reformismo, para seguir un camino de aventuras, en soportar el terrible fracaso, resignadamente; que, al fin, es la resignación bálsamo que mitiga los dolores de la vida; hartos hace, sí, para no aumentar los conflictos, pretende aún levantarse, disimulando el rudo golpe que acaba de recibir, la profunda herida que lleva en sus entrañas, incapacitándola para continuar en funciones de vida pública; hartos hace, si logra prolongar su agonía, y llevar á duras penas una existencia rodeada de los peligros de la impotencia y de la inercia.

No bastaron los consejos de adversarios leales; nada significó el elocuente retraimiento de muchas personas de gran valer del reformismo tradicional; hasta se llegó á despreciarla, en la materia, autorizada voz del señor Vizcarrondo; la jornada, la 29 fatal jornada, hácia el autonomismo cubano fué una realidad lamentable, como realidad son hoy la indiferencia y el abandono con que los apóstoles ó *leaders* de aquella idea respondieron al llamamiento de los de aquí. Era de esperar, según nuestros vaticinios. Para quien conozca la historia no debe ser extraño. Lo que no debía de esperarse era la absurda é impracticable fusión. Lo que debía extrañarse mucho era aquella tendencia á confundirse con el autonomismo cubano, como se confunde en el lago la gota que cae de la atmósfera, de los que el día anterior invocaran la asimilación, como panacea para curar todos nuestros males.

Si el naciente y escaso grupo de autonomistas puertorriqueños comenzó á levantar la cabeza á impulsos de aquella idea; si ésta tuvo en unos pocos aceptación momentánea, porque estaba en la conciencia de todos que los nuevos partidarios de aquí muy poco ó nada podían pesar en la balanza de la opinión pública, hoy que ha venido al suelo la base de todos los cálculos, hoy que el naciente partido ha quedado como huérfano en sus aspiraciones, ¿qué resolución deberá adoptar? Nosotros bien clara la vemos,

Library of Congress

pero, también tememos que la ceguedad siga haciendo víctimas y produciendo nuevos fracasos.

Voces se oyeron no obstante, de convocatoria para la reunión de Ponce; es verdad. Allá fueron, quizás, los más animosos, y quizás también volvieron, creyendo traer ceñidos, los más animosos, y quizás también volvieron, creyendo traer ceñidos á sus sienes los laureles del triunfo. Pero, suponiendo lo mejor, ¿qué lograron? Pues lograron, cuando más, levantar un templo sin fieles y una religión sin observantes.

30 31

VII. RETRATO AUTONOMISTA.

CUBA es hoy la *Meca* de los modernos autonomistas borinqueños, y es también *Santon ó Profeta* de los mismos el que en vida se llamó *El Triunfo*, periódico que se publicaba en la Habana, como dos años há, y tenía el carácter de órgano de aquellos políticos. Nuestros autonomistas le han tomado por bandera, y en todas sus manifestaciones le tienen por el verdadero *koran* ó libro sagrado; ya hemos visto á un periódico de aquí que publicó íntegros los artículos sobre autonomía de aquella publicación, y dijo: ésta es mi doctrina, sin quitar ni añadir una sola letra; somos autonomistas, á la usanza de *El Triunfo* y bajo su criterio. Otros colegas hicieron coro, y quedó consagrado el *ídolo*.

Pues bien; para que vean y conozcan el *ídolo* que adoran, haremos de él un diseño; daremos de él un verdadero retrato, y cuenta que no hemos de hacerlo á capricho, sino que lo tomaremos del afamado escritor y periodista contemporáneo, compañero, y hasta correligionario en democracia de aquel órgano, el señor Márquez Sterling, que á ningún exaltado puede parecer sospechoso, toda vez que redactaba en la misma Habana un periódico 32 más democrático que el mismo *Triunfo*, *La Discusión*, á saber.

Este señor Márquez Sterling, tan hábil periodista como eminente jurisconsulto, dejónos hecho el más completo y acabado retrato del *autonomismo* cubano, en el siguiente artículo, que publicó en el citado periódico *La Discusión*, con el epígrafe: "Ladra."

Library of Congress

Conozcan, pues, nuestros autonomistas á su ídolo, contemplen su bandera, mírense en este espejo. Dijo el señor Márquez Sterling:

“ *El Triunfo* quiere hacer prosélitos con el puñal al pecho. Jamás ha existido un periódico conservador más intransigente, más importuno, más funesto para la causa de la libertad. Todo aquel que no es autonomista local debe ser privado del agua y del fuego. *El Triunfo*, con elementos fuertes, hubiera sido un periódico sanguinario. Un periódico de aquellos que quieren promulgar sus teorías con el cadalso.”

“Pero, ¡ay! Para ser león se necesitan las condiciones del león. No se tiene la fuerza del león, sin tener su fuerza. Nada más pueril ni ridículo que un galgo echándola de hiena, que una sabandija echándola de serpiente, que un mono con ínfulas de tigre.”

“Para *El Triunfo*, no hay más que los autonomistas. O la autonomía, ó la muerte. *El Triunfo* es el país. Y todo el que no está con él es un infame y un malvado, vendido al oro de los conservadores. Y todo el que está con él es un santo y un sabio, y merece la inmortalidad. Cualquiera autonomista que dice dos palabras es un gran orador. Si escribe una línea, es un gran escritor. Si colabora en *El Triunfo*, es un gran político. Si es autonomista local, es un Dios. No hay orador, ni escritor, ni político, si no es adepto del partido. Si *El Triunfo* se convenciera de que Dios no es autonomista local, negaría á Dios.”

“Si los hombres de semejante partido, llegaran al poder, *caso imposible*, no realizarían las crueldades de Nerón, sino las imbecilidades de Claudio. No tendrían valor para ser tiranos, sino para ser imbéciles. El despotismo necesita valor. Y *El Triunfo*” va siempre atado al carro de la cobardía. Tiembla ante los accidentes de la política, como una vírgen ante los rayos. La cobardía resuelve todos sus actos. Se declara autonomista, y, apenas el Gobierno le pone la cara seria, tiembla, vacila, retrocede y clama: “yo he pecado, señor.” Esto se prueba con *El Triunfo* en la mano.”

“Sucede á *El Triunfo* lo que á todos los débiles. Cuando sienten la tolerancia, se vuelven más valientes que el Cid. Y al primero que ofenden, al primero que insultan, al primero

que increpan, es al tolerante mismo. Cuando *El Triunfo* contempla 33 al Gobierno dispuesto á resistir la autonomía, escribe contra la autonomía. Y apenas comprende que el Gobierno ha resuelto tolerarla, se vuelve contra él, y lo increpa y lo amenaza, y le exige con toda la fuerza del débil, cuando tiene segura la impunidad. *El Triunfo* sería un gran domador de fieras con buenas rejas de hierro de por medio. Quitad la reja, y correrá más que todos los galgos de la tierra. Correrá gritando: “yo no soy autonomista.” Todo el valor de *El Triunfo*, y toda su cobardía, se resuelven en ser y no ser autonomista. El partido se compone de los adoradores de su propia personalidad. Es un templo creado para adorarse los adeptos. Tuvieron un Cristo que no ha resucitado. Y cada uno de sus discípulos se convirtió en Dios. Haciéndoles justicia, hay que decir que su ambición es la vanidad. Para ellos no hay triunfos políticos, sino triunfos del amor propio. Sus oradores y escritores morirían diciendo: “¡ *Qué gran artista perece!* ” No tienen más convicciones que las de su propio mérito. Hablan de la democracia, ciñéndose el manto de caballeros cruzados, y llamándose excelentísimos señores. Hablan de abolición, y poseen esclavos y compran patrocinados. Denuestan á *Don Circustancias* y escribieron el *Juan Palomo*. Se horrorizan ante los voluntarios, y fueron jefes de voluntarios. La verdad es que no son nada, ni quieren nada en política. Quieren ser sus propios adoradores; hélo aquí todo. Cada uno de ellos va al templo para adorarse. Y, en la misa, come su propia carne, y bebe su propia sangre.”

No somos autores del cuadro; por consiguiente, nada tenemos que añadir ni quitar en él. El memorable y contundente artículo, que antecede, del Sr. Márquez Sterling, es la expiación más tremenda del gran pecado de inconsecuencia política que acaban de cometer varios de nuestros adversarios. Si un periódico tan democrático como *La Discusión* ha juzgado de esa manera gráfica al ídolo, ¿qué deberán pensar sus adoradores?

34 35

VIII. LA AUTONOMÍA Y SU CONSTITUCIÓN ORGÁNICA.

Library of Congress

AL fin, después de muchos planes y enmiendas, se halló una fórmula. Ahí anda, de mano en mano, en un folleto, lleno, á la verdad, de caracteres impresos, pero vacío, por entero, de sentido político. Cuál y cómo sea esa fórmula, no importa á sus sectarios; éstos, como nacieron del error, viven, perfectamente, en la oscuridad, y se agitan, contentos, en la incertidumbre. Pero, nos importa á nosotros, que debemos examinarla y combatirla, por lo que tiene de impracticable y absurda.

Confesaremos, ingénuamente, que, al abordar esta empresa, sentimos la desconfianza y el desaliento, que acompañan siempre al que penetra en regiones no iluminadas por la antorcha de la razón, donde las cosas se hallan de tal modo, que más bien parecen dispuestas para enredar y confundir al que de la mejor buena fé se propone una investigación seria y provechosa. No habrá en ellas el mérito del artificio, pero, sí, el defecto de la contradicción, con todas sus sinuosidades. Aquel célebre *Laberinto de Arsinoe*, á quien llamaron los antiguos *Palacio de Caron*, donde, 36 según unos, se enseñaban los misterios del Egipto, y, según otros, los sacerdotes se dedicaban á buscar la piedra filosofal, y aquel otro menos célebre, pero no menos intrincado, del famoso Dédalo, en que fué encerrado su propio autor, y del cual logró salir su hijo, Icaro, remontándose con alas de cera, para caer precipitado desde las nubes, tienen grandes puntos de contacto y semejanza con esa laberíntica *fórmula*, que va á ser hoy objeto de nuestro imparcial análisis, y sirve ya de bandera á un partido nuevo, que con ella se ha lanzado á la mayor de las aberraciones históricas.

En efecto; si, como ha dicho un filósofo profundo, los nombres representan la esencia de las cosas, á toda previsión y á todo cálculo excede el hecho elocuente de que un partido adopte un nombre que dista mucho de estar conforme con las doctrinas que dice profesar, y proclame unos ideales, que no se avienen, ni remotamente, con ese mismo nombre. En este caso anómalo se halla el *partido autonomista puertorriqueño*. Su vida pública es su constitución solemne; su constitución es su fórmula concreta; su fórmula concreta es la negación y el caos; por consiguiente, su vida lleva en sí el germen de destrucción; no

Library of Congress

es más que la muerte, determinada por la negación y el absurdo. Veamos lo que dicen los legisladores de esa “Constitución orgánica,” votada, definitivamente, en la ciudad de Ponce, por los prohombres de la nueva agrupación.

“Artículo 1°. *El partido, cuya constitución emana de la Asamblea reunida en Ponce, los días 7, 8 y 9 de Marzo de 1887, se llamará: Partido autonomista puertorriqueño.*”

Hasta aquí, no hay novedad. Cada uno puede llamarse como le plazca, y seguir los caminos que juzgue convenientes; tiene, en una palabra, la libertad de perderse; la entrada es libre. Por otra parte, el más ignorante sabe lo que significa un *estado autonómico* y los extremos que comprende; de él nos dan cabal idea los autores, y no es lícito á un grupo cualquiera de políticos variar á su antojo la noción reconocida de las cosas. Tenemos, por tanto, con arreglo á esa declaración, que el nuevo partido ha entrado de lleno en el sistema de la *autonomía colonial*.

Pero, avancemos un poco, y véase cómo se arrepiente ya de su propia obra.

Art. 2°. *Dicho partido tratará de obtener la identidad política y jurídica con los hermanos peninsulares, y el principio fundamental de su política será alcanzar la mayor descentralización POSIBLE, dentro de la unidad nacional.*

Es así que ni la *identidad* ni la *descentralización posible* han contenido jamás, ni pueden contener, la verdadera noción de la *autonomía*, sino la diametralmente opuesta; luego, ese nuevo 37 partido comienza á negarse á sí mismo, desde el momento en que afirma lo contrario de lo que había dicho antes.

Conoce á tiempo sus contradictorios rumbos, y trata de volver á la entrada, para cobrar nuevos bríos, y enderezar su movimiento, diciendo:

Library of Congress

Art. 3°. *La fórmula clara y concreta de este principio, (esto es: del principio de la identidad y descentralización POSIBLE) es el régimen autonómico, que tiene por base la representación directa de los intereses locales á cargo de la Diputación Provincial."*

Absurdo sobre absurdo. Eso lo dirán ellos, no quien conserve un poco de sindéresis, y tenga las más leves nociones de buena, y aun de mediana, lógica, ¿Cómo ha de fundarse un sistema de doctrina determinada sobre el cimiento de las ideas opuestas? ¿Cómo la *autonomía*, que es lo diverso y lo exclusivo, ha de tener por base la *identidad y la descentralización POSIBLE*, que son lo igual y semejante? Cuentan las crónicas que aquel enfermo, de que nos habla Fr. Gerundio, que contestaba á su médico: le diré á V.: *me duele, y no me duele la cabeza*, jamás llegó á obtener su curación.

Mas, ya no es posible retroceder, é internándose en el laberinto de sus errores, he aquí cómo ese nuevo partido choca y se precipita, se levanta y cae, va y vuelve, avanza y retrocede, cual si estuviese peseido del vértigo, ó entregado á la desesperación en la terrible noche de sus insomnios.

Ya se dice en el artículo 4°. de esa Constitución orgánica que el partido pedirá que en esta Antilla queden resueltos, *definitivamente*, por la Diputación insular, los asuntos administrativos y locales, para sostener en el 6°. que á la Metrópoli corresponde resolver *todos los conflictos de corporaciones y entidades, y suspender y anular los acuerdos de la misma Diputación insular*, lo cual es quitar con una mano lo que se pretende dar con la otra; ya en el mismo citado artículo 4°. se pide que se administre el país *con el concurso legal de sus habitantes*, para reservar en el también citado artículo 6°. á la Metrópoli la *administración general de ese mismo país*, que es á la letra el sistema hoy vigente; ya se busca para la Diputación insular la facultad de votar sus presupuestos locales, mientras que en el mismo párrafo se dice que esto se entienda sin perjuicio de las atribuciones de las Cortes, en materia de presupuesto nacional, que por fuerza tiene que llevar un carácter local, en cada una de las porciones del territorio á que se aplique; ya, finalmente, se reclama para las Antillas, en el tantas veces repetido artículo

Library of Congress

4°. la *diversidad administrativa* con todos los mencionados detalles, y se pide en el 5°. , para estas provincias, ¡ pásmense los lectores! una *misma constitución* y una *misma ley orgánica*, provincial y municipal. Aquí la contradicción 3 38 salta á la vista, pues no se alcanza á comprender cómo esa *misma* Constitución y esa *misma* Ley orgánica provincial puedan subsistir con la diversidad de facultades y prerrogativas que se solicitan, invocando unas mismas leyes. Pedir todo esto, y, al propio tiempo, querer facultades, que no tienen allá las provincias peninsulares, es el extremo de la obcecación y del delirio.

Y, además, debemos preguntar: ¿no se administran hoy los asuntos locales del país con el concurso legal de sus habitantes?; ¿la Diputación y los municipios no votan hoy sus presupuestos, no tienen ámplias facultades, no nombran sus empleados, no gastan libremente cuantiosas sumas? ¿Qué es, pues, lo que se pide?

A lo cual contestan en el artículo 6°. que, en virtud de la descentralización que invocan, piden la resolución de todo lo referente á *instrucción pública, obras públicas, sanidad, beneficencia, agricultura, bancos, policía de las poblaciones, puertos, inmigración, aguas, correos, impuestos, aranceles y tratados de comercio*; en una palabra, cuánto tiene un carácter nacional, y constituye la vida y la acción de un gobierno público, y eso después de haber sostenido en los artículos anteriores que la *Diputación insular no llevará intervención alguna en lo que tenga carácter nacional*. ¿Habrà quien entienda esta logomaquia?

Ello, sin embargo, no obsta para que, á la vez, se haga á la nación el *favor* de reconocerle su soberanía y la práctica del imperio, reservándole todo lo relativo á Marina, Ejército y Tribunales de justicia, si bien con esto sólo, y sin aquellos elementos, esa soberanía y ese imperio resultarían como los del gran Turco en los principados danubianos. No sabemos qué admirar más en estas cosas, si la candidez con que se escriben, ó la irreflexión y el error de que toman su procedencia.

Pero, aun hay otra contradicción, que las oscurece todas, y prueba que ese *nuevo partido autonomista* no sabe dedonde viene, ni á donde va. En esa misma Constitución orgánica, de que venimos ocupándonos, se jacta de que sus principios son idénticos á los de la *autonomía cubana*. En verdad que los conoce poco y mal, cuando tal dice, pues mientras él se conforma con la *autonomía administrativa*, y acaba de decir que deja al arbitrio del Estado las fuerzas del Ejército y los Tribunales de justicia, los *autonomistas cubanos* sostienen, totalmente, lo contrario. *El País*, órgano autorizado de esta fracción, escribió, en su número 60 del 20 de Marzo de 1886, lo siguiente: “Pedimos que se deje á nuestra costa los gastos de gobernación, fomento, *justicia y las fuerzas de tierra y mar, coloniales.....* Esta es la solución única; por eso no podemos separar la *reforma política de la económica*, 39 y *contentarnos con la última*, como tantos otros, que creen posible la una sin la otra.....”

Está visto que al partido autonomista antillano le falta el misterioso hilo que le ayude á salir del laberinto de errores en que cayó, por ceguedad é inexperiencia.

Después de lo dicho ¿qué resta ya de esa flamante bandera *autonómica*, hecha girones por los mismos que la enarbolaron? ¿Qué resta de esa gran fórmula, que acariciaba tantas esperanzas, y ha reducido á muchos á la condición de esclavos de un pensamiento, que ni se hace simpático por la conveniencia, ni se impone por fuerza de la razón y de la lógica?

¡Cándidos ó ciegos autonomistas! Agitaos sin cesar en utópicos ensueños; mas no os hagais ilusiones. Habeis edificado sobre arena, y el edificio que levantasteis no puede resistir á los embates del tiempo. De error en error, llegasteis al caos, y en él está ya el término fatal de vuestra propaganda. Comenzasteis, como Dédalo, por construir para vosotros mismos el intrincado laberinto de los grandes desaciertos, y prontamente os estrellareis, como Icaro, en vuestra temeridad.

IX. LA AUTONOMÍA Y LA NATURALEZA.

LA humanidad tiende al progreso, el hombre á la perfección, los pueblos al adelanto, los estados poderosos al ensanche de sus dominios, y toda clase de seres, hasta las plantas, á su crecimiento. Tan sólo una cosa vemos que ni tiende al progreso, ni al adelanto, ni á la perfección, ni al crecimiento, ni á nada, en fin, de lo que por naturaleza parece impuesto á todo lo humano; ésta es el *autonomismo*, que busca el retroceso, limitando el centro de acción, que procura el aislamiento, privándose de la fuerza colectiva, y que tiende al individualismo en la vida, matando lo que da impulso á la riqueza y prosperidad de los pueblos, puesto que no hay uno sólo de éstos que se baste á sí mismo, para el cumplimiento de su fin social.

Europa y América aspiran á la realización de las grandes nacionalidades, que fueron siempre las precursoras de los adelantos de la civilización. Los pequeños estados son signo de decadencia é imitan á la errante tribu, ó proceden de las luchas intestinas, que dividen y subdividen, aniquilando muchos elementos de prosperidad, reunidos.

42

De Europa podemos comprobarlo, con examinar la historia contemporánea de sus estados más poderosos. En cada uno se advierte aquella tendencia, que no parece sino que es innata en las sociedades, cual si por ella hubiese de cumplirse algún alto fin, en los destinos de la humanidad, en conjunto.

De América igualmente podemos asegurarlo, al observar las tendencias, que, más de una vez, se han advertido en los mismos Estados-Unidos del Norte, hácia la constitución de un gran imperio. Pero, más especialmente, en la América del Sur, donde tantas simpatías despierta la centralización del poder público, al mismo tiempo que la unión de los pequeños estados, para realizar el *desideratum*, que, ya dijimos, tienen los pueblos de constituirse en grandes nacionalidades.

Library of Congress

Bien recientes están aún los proyectos en este sentido del general Barrios, que perdió la vida, al acometer su realización. Poco há se agitaba la unión de Venezuela, Colombia y Ecuador, tres pueblos soberanos, en un solo reino ó república, que para el caso es lo mismo, y el pensamiento fué acogido con entusiasmo por notables estadistas, secundados por los órganos de la opinión. Esto es: no parece sino que todos los pueblos y todos los ciudadanos tienden á la extensión de su respectiva nacionalidad, y á la ampliación de la propia ciudadanía, resignándose á perder parte de los ilusorios derechos de ese individualismo impotente, que aún seduce á unos pocos, en aras de las grandes uniones y de las grandes colectividades; cuyo individualismo es visible señal de estacionamiento, cuando no de retroceso. Hacia aquel fin se encaminan pueblos y ciudadanos, á la manera que el hombre busca sin cesar el engrandecimiento, se recrea con el trato íntimo general de sus semejantes, y apetece ensanchar sus relaciones y su influencia en el grado mayor posible de la escala, condiciones en que, por otra parte, gana mucho, y se desarrolla su principal carácter de sociabilidad.

Tan sólo ese nuevo y absurdo sistema, que se conoce con el nombre de *autonomismo*; tan sólo sus sectarios son los que pretenden contradecir á esa tendencia, que, más bien que tendencia, debemos llamar ley universal, sin interrupción observada, pues aquel sistema y estas sectarios son, repetimos, los que aspiran á lo pequeño, dentro de lo grande, y los que fían en sus propios y exclusivos recursos, cuando hoy las corrientes de civilización traen su origen del concurso de la generalidad, de la fuerza impulsiva de las grandes asociaciones, del auxilio que presta el todo á la parte, y no vice-versa, como sueña una doctrina que sólo se explica por la gran aberración que á veces cometen los hombres poco prácticos, y muy ideólogos, siguiendo el peligroso espíritu de la novedad, para hallar la manera de ponerse 43 mal, estando bien, ó de hallarse peor, estando mal. Esto, sin duda, quiere el *autonomismo*, y sino, observando los principios invariables por que el progreso se rige, dígasenos: ¿qué es lo que quiere, qué es lo que intenta, el sistema autonomista?

Sus ilusiones no llegarán á ser jamás una realidad en la esperanza, y menos una prueba en el acierto. Son ilusiones de aquellas, que, ó se desvanecen á tiempo, ó hacen pisar las espinas del arrepentimiento tardío y de! dolor inoportuno.

¿Por dónde el *autonomismo*, reduciendo relaciones sociales, cerrando inmensas fronteras, buscando el triste aislamiento, y á la vez gritando con soberbia incomparable *yo me basto*, puede lograr nada grande, nada estable, nada que revele el más pequeño indicio de propensión hácia el progreso, si los medios por que había de realizarse aquel sistema y los frutos que pudiera llegar á dar, después de establecido, no son, ni pueden ser, medios conducentes á lo grande, ni frutos de verdadera civilización, tal como ella es en sí, y no como la buscan quizás los que en provecho exclusivo quisieran explotarla?

¡Ah! Dirigiéndonos á los pocos que siguen esas doctrinas, debemos decirles: ¡inconsiderados é insensatos!; podeis levantar ahora con orgullo vuestras frentes; podeis mirar al cielo como las águilas, y preferís bajarla hacia el suelo, buscando una soledad, que, si llegase, enervaría vuestras fuerzas, ansiando un aislamiento, que, si se realizase, os aniquilaría, á cambio de la facultad insignificante de poder regiros y administraros por vosotros mismos.

Así sucedería irremisiblemente, porque no se falta en vano á las leyes naturales por que se rigen pueblos é individuos, y ya hemos dicho que el *autonomismo* es contra una ley de la naturaleza.

44 45

X. LA AUTONOMÍA Y LA ADMINISTRACIÓN.

COMO antes demostramos que la *autonomía* es contra la naturaleza, porque nadie aspira á lo pequeño, dentro de lo grande, y menos al aislamiento, dentro de la tendencia general hácia las extensas asociaciones y colectividades, así vamos á demostrar en el presente

Library of Congress

capítulo que esa misma autonomía es contraria á la buena administración del país en que se quiere implantar.

Podríamos valernos, para llenar nuestro propósito, de ejemplos prácticos, que son los que, en la esfera del gobierno, gozan del privilegio de llevar al ánimo la convicción en el procedimiento que debe adoptarse, para regir saludablemente á los ciudadanos; pero, también hay razones poderosas que confirman nuestra tesis.

La autonomía no es palabra vacía de sentido, que cada uno aplica á su manera; no; tiene un sentido perfecto y definido entre los autores y políticos que á su estudio se han dedicado. En las muy contadas regiones, mejor dicho, en la única región donde verdaderamente se conoce y se practica, en toda su 46 latitud, el Canadá, á saber, abarca dos extremos: el *self-administration* y el *self-government*; ó sea el *gobierno del país por el país*, comprendiéndose en esto las facultades especiales, no sólo del *gobierno político*, sino que además de la *administración económica* de los pueblos; de modo que, si á ese sistema falta uno de esos dos elementos, ya deja de ser el sistema que se conoce con aquel nombre, para quedar reducido á otra cosa, que dista mucho de aquella significación, y los que le adopten ó le sigan deben convenir en que, ó no dicen lo que son, ó no son lo que ellos dicen.

En este caso se hallan los modernos autonomistas antillanos, quienes, al entrar por esas sendas, advirtieron, sin duda, el peligro inminente de aquella forma de gobierno, y acortaron el paso y hasta se apartaron luego del camino emprendido, rechazando la autonomía política y gubernativa, que es la esencia de dicho sistema, para quedarse en la *autonomía administrativa*, que viene á ser como la *descentralización*, que tenemos y hemos tenido, en mayor ó menor escala, desde las leyes provincial y municipal del señor Moret, y que está de aquel concepto tan distante, como los polos entre sí; de todo lo cual se deduce que los políticos que combatimos no parecen verdaderos autonomistas, ó que, si lo son, como resulta, es por un procedimiento anómalo é irregular.

Library of Congress

Pero, en fin; admitámoslos tal cual se nos presentan; convengamos en que lo que buscan es tan sólo la *autonomía administrativa*, esto es, la facultad de administrarse por sí mismos, sin la intervención directa del Estado, y sin el auxilio, por consiguiente, del mismo. ¿Qué sucederá? Sucederá lo que estamos viendo hoy mismo; que los gastos locales aumentarán de una manera asombrosa, hasta el punto de hacerse insoportables para los pueblos; sucederá lo que sucedió allá por los años de 1870 y 71, cuando los municipios comenzaron á usar de funciones propias y en cierto modo independientes; que los presupuestos municipales crecerán fabulosamente, pues faltando el freno moderador del poder central, que es lo que hoy contiene aún la anarquía de los pueblos en esta materia, pronto el desbarajuste invadirá todos los resortes de la máquina, amenazando paralizar sus movimientos. ¿No vemos, actualmente, que el único amparo que tenemos contra los excesos de la administración municipal es la queja y la reclamación ante las autoridades superiores, salvador recurso que perderíamos, una vez que nos fuese concedida la facultad absoluta de administrarnos por nosotros mismos? Si la *descentralización*, que hoy se nos reconoce por la ley municipal, ya casi nos asfixia, porque para nada más ha servido que para hacer surgir esos lujosos gastos que han labrado la ruina de muchos Ayuntamientos, ¿á dónde nos conduciría la autonomía administrativa, sin una fuerza que enfrenase sus movimientos y los contuviese en los debidos límites?

A la vista hemos tenido la cuenta presentada por uno de los Ayuntamientos más insignificantes de la Isla, allá por los años de 1873, cuando las corporaciones populares se regían por la descentralizadora ley de 1870, y eran gobernados por los republicanos de entonces, hoy autonomistas; ¡en ella figuraba y figura una partida de de 130 pesos, por gastos hechos en dar comida y alimentos á los secretarios de una mesa electoral interina y á los de la mesa definitiva de la misma elección; 130 pesos! No es este mal *gobierno del país*; y para ejemplo basta.

Library of Congress

Pero, ¿qué bienes se proponen conseguir los sectarios con esa autonomía administrativa? ¿Formar sus presupuestos?; ¿nombrar y separar sus empleados?; ¿crear centros de instrucción?; ¿fomentar sus obras públicas?; ¿imponer sus repartos, votar sus gastos, acordar sus economías, tomar todo género de iniciativas en los asuntos de interés local? Pues todo esto ya lo tienen concedido, ámpliamente, por las vigentes leyes orgánicas; todo esto ya lo practican, ó, cuando menos, pueden practicarlo, dentro de sus atribuciones actuales y de las propias funciones de la vida municipal. Quisiéramos que se nos indicase á qué otra cosa podría aplicarse eso que llaman *autonomía administrativa*.

No faltarán soñadores que crean que por ese medio podría adquirirse el nombramiento de los empleados del Estado, y que por ende la designación de ellos correspondería á la localidad, hallándose de tal modo, si no la economía necesaria, al menos, la satisfacción de muchas aspiraciones, con perjuicio de otras; y no faltarán tampoco ilusos que se imaginen de tal manera llegado el momento de echar mano al presupuesto de guerra, y suprimir ó reducir la fuerza pública necesaria; mas, es preciso no olvidar que tanto el nombramiento de los empleados, como el ejército y otras instituciones análogas, son de un orden puramente gubernativo, que está fuera del alcance administrativo, y los que tal imaginasen se pondrían en contradicción con su propio sistema.

Ya se ve, por lo mismo, que el pedir la *autonomía administrativa* es tanto como esperar y buscar lo que realmente no se expresa en la súplica, ni se significa en aquella frase. Y se ve, además, por lo ya dicho, que esa petición entraña graves inconvenientes para la buena marcha administrativa de los pueblos, si se quiere que éstos vayan segura, recta y decididamente, por los caminos que guían al progreso y buen orden colectivos.

En resumen; nosotros creemos que una *centralización* muy rigurosa puede en determinados casos ocasionar perjuicios; más aun, opinamos que la *descentralización* que hoy disfrutamos, con mayor ó menor amplitud, es muy útil en algunos especiales servicios; pero, así mismo, debemos expresar que esa *autonomía administrativa*, que algunos piden, por pedir, ó sin saber lo que piden, aunque no significara más que lo dicho,

que, sí, significa, labraría nuestra completa ruina, alterando en su base los fundamentos en que descansa toda administración pública bien organizada.

49

XI. LA AUTONOMÍA Y EL RÉGIMEN POLÍTICO.

No sólo es la *autonomía* contraria á la naturaleza de las cosas y á la buena administración de los pueblos, sino que se opone, además, al régimen político de la Nación. Ya se considere ese sistema en toda su latitud, ya se le acepte con esenciales restricciones, tal como indican hacerlo sus modernos sectarios, siempre resulta que se halla en contradicción abierta con la Ley fundamental del Estado, que es la que informa todas las otras, la que determina, de un modo general, los derechos y deberes del ciudadano, y la que prescribe la forma y extensión de los poderes públicos y de la administración general. Y pedir lo que no está en armonía con la Constitución equivale á negar el poder central y desconocer la soberanía del Estado, pretendiendo excluirse de su acción, dejando de pertenecer al mismo.

De varias maneras pretende realizar tan absurdos fines la verdadera autonomía, y aun la soñada por nuestros adversarios.

Pidiendo la representación directa é independiente de los intereses locales en una asamblea local legislativa, se ataca á las facultades 50 de las Cortes, que son las únicas que las tienen de dictar las leyes por que se han de regir todas las provincias, en conjunto, y cada una de ellas, de por sí, en lo tocante á lo que llaman intereses locales, y, por eso y para eso, las provincias cuentan con sus diputados en la Representación Nacional. Establecer asambleas legislativas en cada parte ó porción de un todo equivaldría á levantar unos estados dentro de otros, con régimen contradictorio, quizás, y hasta incompatible, viniéndose por este camino á destruir el verdadero concepto de Nación, que envuelve el de igualdad, uniformidad y generalidad de la vida pública, en todas las partes que la componen.

Library of Congress

“ *Pidiendo la resolución definitiva en dicha Cámara de muchos asuntos que hoy despacha el poder central*”, se anula ó se destruye el *poder ejecutivo general*, que reside en el Rey, con su Gabinete, y es sabido que no hay más que un poder público, porque, si se admiten varios, con facultades soberanas independientes, por fuerza tiene que llegar la colisión de éstas, y detrás la anarquía, con todos sus horrores.

“ *Pidiendo el señalamiento é imposición de las contribuciones votadas por la Cámara insular*”, se usurpan las facultades de las Cortes generales, pues esa autorización está reservada, en todos los países constitucionales, á la asamblea nacional. Precisamente, las contribuciones y su exacción, para los fines de la vida colectiva, en todos los grados de la administración, es el principal atributo de la verdadera soberanía, que no puede subsistir dividida en todas y cada una de las provincias, porque ya no sería tal.

“ *Pidiendo el nombramiento de los empleados públicos y la provisión de todos los empleos en personas de la localidad*”, se renuncia á los derechos de la verdadera ciudadanía, que concede á todo español la capacidad de elevarse á los primeros puestos de la Nación, dentro y fuera de la provincia respectiva, pues no es de suponerse que, siendo excluidos de los cargos públicos de un punto determinado los extraños á la localidad, los de ésta tuviesen opción á los cargos de las otras localidades, por singularísimo é irritante privilegio, y de aquí que se rompería todo vínculo social, que es el que levanta los grandes pueblos y las grandes fuerzas. Semejante práctica, tan opuesta á los principios de buen gobierno, entronizaría el absurdo del *nepotismo* en los asuntos de administración.

Todo eso quieren y piden los actuales adoradores de ese ideal fantástico, que se llama *autonomía*, aun aquellos que, temiendo sus ruinosos ensayos, se quedan en los límites de una ilusoria *descentralización administrativa*. Ellos, al desear esa nueva y peligrosa manifestación de la vida, representan gráficamente 51 el papel de aquel Hijo Pródigo, que abandonó la casa paterna, y se fué á largas distancias, para volver luego cubierto con los harapos de la miseria, llorando amargamente y maldiciendo los instantes de su mal

Library of Congress

adquirida libertad y peor entendida licencia. Y, si se quiere, nos recuerdan también al hijo que se alza con su legítima, y vuela en sus delirios juveniles á disiparla en breves horas, sin pensar en las tristezas y privaciones del mañana.

Pero no; esto no pasa de ser un símil, que dista mucho de la realidad, en los términos de la comparación. Aquí, en el sentido político y gubernativo, no hay bienes propios que disipar, ni legítimas que recoger. España no posee las Antillas á título de usurpación, de mercadería ó de contrato bilateral comodatorio. Su dominio en estas posesiones se funda en su descubrimiento, en su colonización, en la posesión no interrumpida, en la desaparición de la raza indígena y su sustitución por la nacional, y en el trabajo de esta misma raza, que es la española; en una palabra: en todo aquello que es y ha sido la fuente del dominio y propiedad en todos los tiempos y en todos los lugares. Nadie, por consiguiente, más que España tiene derecho á regir y gobernar en estas regiones, porque este derecho no lo dá, ni puede darlo, el suelo, sino las fuentes de que el mismo derecho se deriva. ¿Bajo qué fundamentos, por lo tanto, ó bajo qué pretextos, puede pedirse una autonomía contra la cual militan tantas razones?

Por eso, error, y grande, será creer que llegue un día en que la Nación, renunciando á su soberanía y á su legítimo dominio en las provincias, con mengua de su dignidad, pueda permitir que se quebrante la armonía general, y se debiliten ó rompan los lazos de las Antillas con su Metrópoli. Y España, que no ha cedido á las exigencias de diez años de asoladora guerra separatista en Cuba, mal podría transigir, en este punto, ante un centenar de políticos cosmopolitas, que á sabiendas piden lo imposible é inconveniente. Si otras potencias, en muy distintas condiciones, se vieron en la triste necesidad de dar la autonomía á sus colonias, fué esto debido, por un lado, á la falta de miles de pechos valerosos, que estuviesen dispuestos á morir fuera de sus lares, y, por otro, al orgullo nacional, que no les permitía dar la condición de ciudadanía á los pueblos conquistados, muy al contrario de lo que sucede en la nuestra.

Los modernos autonomistas no reparan, quizás, en el extremo á que podrían llegar estas regiones, abandonadas al impulso de una inconsciente autonomía, entregadas, como quien dice, á los caprichos de su propia suerte, pues, con igual derecho que ellos piden la autonomía provincial, podría cada pueblo reclamar 52 la suya, dentro de la provincia, y hasta el vecino y el propietario la que les correspondiese dentro de la localidad, habiendo igual razón para ésta que para aquélla, y por tal camino se retrocedería al individualismo del salvaje ó al estado primitivo de los aborígenes, hundiéndose en el olvido esa herencia, esa historia, esa sociedad de que nos enorgullecemos todos, y á la cual pertenecemos, unidos por el vínculo de una gloriosa nacionalidad, de unas mismas costumbres, de una misma familia y de una misma familia y de una misma sangre.

¿Habrá quién se atreva á proponer ante gobiernos patrióticos y ciudadanos españoles la solución autonómica, que tan opuesta es al régimen político nacional?

53

XII. LA AUTONOMÍA Y LA LEGALIDAD.

VAMOS á ver si estos dos términos son compatibles, dentro del orden de cosas vigente.

Se entiende por AUTONOMÍA *la facultad que tiene un pueblo de regirse y administrarse por sus propias leyes*; EL SELF-GOVERNMENT y el SELF-ADMINISTRATION, que dicen los ingleses; de modo, que la autonomía implica un como estado propio con verdadera soberanía, excepción hecha de algunos detalles, que, bien examinados, resultan secundarios.

Se entiende por LEGALIDAD el conjunto de leyes á que debe ajustar sus actos públicos el ciudadano.

Por consiguiente, en el presente caso, toda la cuestión está reducida á averiguar si el ensayo, la propaganda ó la defensa de aquel sistema de gobierno caben dentro del conjunto de leyes por qué se rige actualmente el pueblo español. Nos proponemos

Library of Congress

demostrar que no, y, ante todo, debemos advertir que para nosotros, en ésta, como en otras análogas cuestiones, es guía único el texto de la ley, la cual, cuando es clara y terminante, no necesita ni requiere interpretaciones, ni tiene cuenta con los hechos, que se apartan de ella ó se oponen á su verdadero sentido, para continuar 4 54 siendo lo que debe ser, norma y regla de las acciones humanas.

Efectivamente; admitido, porque no puede menos de admitirse, algún orden legal existente, claro es que cuánto se intente ó practique fuera de ese orden será ilegal y prohibido, pues estos dos conceptos son relativos, y no se concibe el uno sin el otro. Por otra parte, el orden legal existente, cualquiera que sea él, induce, naturalmente, la obligación de respeto y obediencia, así como lo contrario implica pena y represión, porque, de otro modo, faltaría á la ley una de sus condiciones más esenciales: la sanción.

Ahora bien; en el gobierno político fundamental de nuestra Patria, ¿cuál es ese orden, cuál es esa legalidad? La Constitución del Estado lo dice bien claramente: es la *Monarquía Constitucional*; esto es: la Monarquía, con todos sus atributos, con todas sus prerrogativas, con todas sus bases esenciales; en una palabra: la Monarquía con poderes centrales que rijan y administren los pueblos. Por tanto, cuánto se lleve ó se intente llevar á cabo en oposición con la forma de Monarquía Constitucional establecida, ó con sus atributos, prerrogativas y privilegios, está fuera de la legalidad, y, como tal, sometido á las penas consiguientes, ya se lleve á la práctica como un derecho, ó ya se predique, solamente, como teoría, pues en ningun caso puede haber derecho contra derecho, según expresa un conocido aforismo jurídico.

Si el orden constitucional vigente, como es lógico, debe ser obedecido y respetado, y éste determina no sólo la forma de gobierno, sino que, además, las prerrogativas de la Corona y las facultades de las Cortes, es también claro que los actos contrarios á dichas prescripciones deben ser reprimidos; de otro modo, las leyes y la Constitución misma resultarían letra muerta y camino de rebeldías incompatibles con el orden necesario. Y bien; lo que está en abierta oposición con las leyes, ¿podrá ser defendido en ningún

Library of Congress

terreno, con ninguna clase de armas? Indudablemente que no, porque, si lo fuera, ya se convertiría en legal y permitido, lo cual es contradictorio. ¿Puede nadie, por ejemplo, atacar derechos del prójimo, ni con el puñal, ni con la amenaza, ni con la injuria ó el menosprecio? De manera igual, nadie tampoco puede atacar, en forma alguna, los derechos y los mandatos de la más solemne de las leyes, que es la Constitución Nacional.

Aplicando ahora esta doctrina al caso presente, podremos concretar el argumento en los términos siguientes: es así que la *autonomía* y su propaganda están en oposición con los preceptos constitucionales, puesto que pretende arrebatarse para sí los derechos de la persona Real, los atributos del poder público, las facultades de las Cortes, y hasta la *soberanía* de la *Nación*, toda vez que aspira á que los pueblos se *gobiernen por sí mismos*; luego, es preciso convenir en que ese sistema no puede defenderse ni propagarse, dentro del orden legal existente, sin cometer una gran violación de la más solemne de nuestras leyes, fundamento de todas las demás. Esta declara de un modo bien terminante que el ejercicio de los derechos individuales, únicos en que podrían apoyarse los sostenedores de la contraria doctrina, se *entienda siempre sin menoscabo de los atributos del poder público*.

Si entramos en citas legales, las conclusiones no pueden ser más claras.

El Código Penal vigente contiene un capítulo que trata de los delitos contra la Majestad Real, contra las Cortes, contra el Consejo de Ministros y contra la forma de Gobierno, y, si la autonomía, que contra todo eso atenta directamente, no merece aquel concepto, no sabemos qué otros hechos ó sistemas puede haber dignos de tal calificativo. Por eso, precisamente, el mismo Código, en el citado capítulo, artículo 169, establece: "Son reos de delito los que ejecuten *cualquiera clase de actos*, encaminados á conseguir por la fuerza uno de los objetos siguiente#: 1.º Reemplazar al Gobierno monárquico constitucional por un gobierno absoluto ó republicano; (en este último caso se halla el gobierno autonómico.) 2.º Despojar, en todo ó parte, al Rey, á la Regencia ó á las Cortes

Library of Congress

de las prerrogativas que les atribuye la Constitución.” Uno y otro se propone la autonomía, como ya hemos indicado.

Y, por si alguno estimare que estas prohibiciones se refieren tan solo al *empleo de la fuerza*, cual si la defensa de aquella doctrina fuese lícita en otra esfera, citaremos el artículo 173 del mismo Código, que dice: “Los que, *sin alzarse en armas*, cometieren alguno de los delitos mencionados en el artículo 169, *serán castigados con lo pena de PRISOÁN MAYOR.*”

Contra la propaganda de ese sistema y otro cualquiera, que se proponga parecidos fines, por análogos medios, está también el artículo 170, al expresar: “Deliquen también: 1.º *Los que en toda clase de reuniones públicas, ó sitios de numerosa concurrencia, DIEREN VIVAS ú OTROS GRITOS*, que provocaren aclamaciones, directamente, encaminadas á la realización de cualquiera de los objetos determinados en el artículo anterior. 2.º *Los que en dichas reuniones pronunciaren discursos, leyeren ó repartieren impresos ó llevaren lemas y banderas, que provocaren directamente á la realización de los objetos mencionados en el artículo anterior.*” Ya se deduce que la *autonomía*, tanto en sus principios, como en sus tendencias, se propone cuánto se prohíbe en el primero de los artículos citados.

56

Los impugnadores de esta doctrina suelen citar hechos aislados de tolerancia de aquella propaganda, ó de sentencias de tribunales mal leídas y peor interpretadas; pero, ni éstas son tal como se suponen, ni aquéllos pueden desvirtuar lo dicho y probado. Además, que los hechos y sentencias en cuestión dicen, por completo, lo contrario, si se consideran en su verdadera significación. Recientes están aun las decisiones del Tribunal Supremo, de 2 de Junio y 29 de Setiembre de 1884, declarando que debe calificarse de provocación directa á la perpetración del delito definido en el Código, cuando un articulista excita á la *coalición de las diferentes fracciones de su partido, para dar at traste con las instituciones actuales*. Ya lo ven los *autonomistas*; la autonomía se encuentra en este caso.

Sólo una sentencia se cita como favorable á la opinión contraria; es la también reciente del Tribunal Supremo, que admitió el recurso de casación interpuesto contra una sentencia condenatoria de la Audiencia de Puerto Príncipe, por haberse gritado: *¡Viva la autonomía!*; pero, este alegato no puede servir de argumento sério, y es contraproducente. Aquel alto Tribunal se fundó en que el grito dado por el procesado debía apreciarse, no aisladamente, sino atendiendo á las circunstancias; que éstas modifican la naturaleza de los actos humanos, y pueden eximir de responsabilidad criminal, lo sabe todo aquel que haya saludado los rudimentos del derecho penal. Basta la simple lectura de la expresada sentencia, para comprender que la declaratoria no fué tal como la sueñan los autonomistas, pues, cabalmente, en ella se expresa, á la letra, que *aquel ¡VIVA!, que en otras ocasiones CONSTITUIRÍA EL DELITO IMPUTADO*, no revestía los caracteres del mismo, en el caso de autos.

¿Dónde pues, se hallará una sola razón que justifique la propaganda autonómica, si se cumplen las leyes, si se reconoce un orden legal existente, y éste es una verdad? Ahora, que la pasión política ó el interés de esa misma propaganda pretendan hacer ver lo contrario, para, de tal manera, continuar en ella, esto ya es otra cosa; mas, no será lo que debe ser, y menos será la doctrina sostenible en buenos principios jurídicos, gubernamentales y de justicia.

57

XIII. INJURIA POR IMPOTENCIA.

TODAS las fuerzas coligadas del *autonomismo* se convierten hoy contra el *Partido Incondicional*, contra este partido, que, en las Antillas, pone el amor de la Patria sobre todos los amores, y la virtud de la lealtad sobre todas las virtudes. Parece que los nuevos planes políticos no tienen otro propósito que el de acabar con ese *Partido Incondicional*. Obsérvase que los *conjurados* tienden á destruir el *Partido Incondicional*. Y, como este gran partido es hoy el mismo que ayer; como nada nuevo ha introducido en sus dogmas y procedimientos, que justifique la cruzada que con calor se reproduce, sólo puede

Library of Congress

explicarse aquel fenómeno por convicción de la impotencia que comienza á dominar ya en el ánimo de los que, rompiendo con la tradición y con todas las conveniencias públicas, han derribado los ídolos antiguos, para quemar incienso ante los altares nuevos de una ciega *autonomía*.

¡Pobres políticos bisoños, que no han sabido combinar un plan acertado, si acierto puede haber en aquel plan; cándidos, si se imaginan que á un partido, que tiene por ámplia base la razón patriótica y el derecho nacional, puede amedrentarse con 58 gárrulas palabrerías, con estentóreos gritos, con ingente vocerío; extraviados, si por tal camino presumen llegar al término suspirado, edificando sobre arena, levantándose sobre ruinas!

Nosotros atacamos al *autonomismo* por la única razón de sus principios; los autonomistas, por igual razón, de otro modo no podemos concebirlo, impugnan al *incondicionalismo*. Esto supuesto, ¿cómo se concibe que sean atacados los principios de un partido que sean atacados los principios de un partido que profesa el amor pátrio incondicional, que alienta con la aspiración de ver á las Antillas prósperas y florecientes, que ama el trabajo y lo fomenta, que ensaya las industrias y produce manifestaciones de verdadero progreso, y que, al propio tiempo que camina por senderos de legalidad y de orden, abre siempre su generoso pecho al amor y respeto de sus semejantes?

Aunque el autonomismo no llevara en su seno otros gérmenes de destrucción, que sí los lleva y mortales por necesidad, bastaría el detalle apuntado, para que, como aquel extraviado Rey de la antigüedad, viese y observase ya sobre las puertas de los *meetings* el terrible anuncio de su próximo é inevitable fin. Parece que lo presiente, y por eso sin duda se decide á gozar á toda prisa, como quien espera que sus alegrías han de ser muy contadas.

Nació ayer, y ya está haciendo hoy su apoteosis; es el principio del fin.

Y, sin duda, que se imagina arrastrar en su caída al Incondicionalismo. ¡Esfuerzo vano! Pero, ¿cómo puede intentarlo? Por su propia impotencia. Esto parecerá una paradoja,

Library of Congress

y, sin embargo, no lo es. Sí; por la impotencia, que saca fuerzas de flaqueza, por la impotencia, que logra levantar obstáculos en el camino, por la impotencia, finalmente, que apela á la difamación y á la injuria, careciendo de recursos para lograr lo que por medios de verdad y rectitud es imposible conseguir.

Esa impotencia, que es á la vez envidia ó pesar del bien ajeno, se ceba en los hombres del Partido Incondicional, por mil medios diferentes. Ya se les provoca, como ciudadanos, desde el seno de las juntas y asambleas, ya se les insulta, como políticos, con pluma mojada en hiel, ya se les veja con discursos que rebosan ódio y menosprecio. Ayer decía un periódico que son unos explotadores y ambiciosos aventureros, sedientos de dinero; hoy dice otro que maldicen la Monarquía Constitucional, reaccionarios y enemigos jurados del orden existente; y todos á una repiten en coro que son los causantes de la ruina de este país, el escándalo de las conciencias y el escarnio de la justicia, dignos de la animadversión del Gobierno y de los odios del pueblo, á quien pretenden embaucar con invenciones y patrañas de estudiado efecto.

59

Mas, el Partido Incondicional tiene bastante para destruir esa maquiavélica propaganda con la no interrumpida historia de su patriotismo y sus bondades, de su invariable adhesión á los principios gubernamentales, de su respeto al orden y sosiego de este suelo, de su amor al adelanto y al trabajo, y hasta de su tolerancia con los *parásitos* que consumen y no producen, y parece que viven adheridos al árbol social, solamente para chupar su sávia é impedir las corrientes de salud y vida general.

Gobierno y pueblo podrán saber quiénes son los que por tan torcidos rumbos dirigen hoy sus pasos, volviendo los ojos á la memorable época de 1873, en que éstos tuvieron á su disposición las riendas de la administración y casi del Gobierno de esta Isla, época que recuerda con horror la historia, y que debiera de servir de escarmiento á cuántos no aspiran á sacar partido del barullo y desbarajuste. Ahí están las crónicas de aquellos días, diciendo bien claramente que el partido que hoy se llama autonomista, y era

Library of Congress

entonces el republicano federal, sólo es capaz para destruir. Ahí están vivas las solemnes manifestaciones, que vieron la luz pública en la *Gaceta oficial*, y por las que la Isla entera volvía los ojos al Gobierno, condenando de un modo explícito aquellos cuadros de anarquía administrativa y social, que pusieran los intereses públicos al borde del abismo, en tanto que este mismo Partido Incondicional, tan calumniado, era entonces, como será siempre, el contrapeso moderador de las exageraciones, el faro que iluminaba los horizontes, el dique que contenía las borrascas, y la esperanza de gobernantes y gobernados, en la titánica lucha de los intereses sociales contra las más vivas pasiones de la política.

Pierden, por consiguiente, el tiempo los autonomistas en sus nuevas cruzadas contra el *Incondicionalismo*. Los *autonomistas*, legítimos herederos y sucesores de aquellos republicanos federales de 1873, están juzgados ante la historia é incapacitados ante la opinión. Los *incondicionales*, en cambio, verdaderos representantes de la razón y del derecho, dignos heraldos de la consecuencia y de la justicia, pueden repetir aquella memorable frase de M. Guizot: “Por muchas calumnias que amontoneis contra nosotros, no llegarán jamás á la altura de nuestra dignidad.” Y nosotros, á nombre de éstos, les diremos tambien: ¿Para eso quereis la autonomía?; ¿para insultar el presente y hacer aborrecible el pasado? Vuestra impotencia os condena á perpétuo mutismo.

60 61

XIV. NI VÍCTIMAS, NI VICTIMARIOS.

HA empezado el *autonomismo* á ensayar el papel de *víctima*; recurso es éste á que apelan las escuelas, que no tienen segura base en la opinión, ni medios para su defensa, en el terreno de la buena lógica. No es mala señal. Pero debemos preguntar: ¿dónde están las *víctimas*? ¿quiénes son los *victimarios*?

Porque se impugna aquel sistema como perjudicial é inconveniente; porque son rechazadas muchas de sus manifestaciones como perturbadoras é intolerables, dice

Library of Congress

que se apela al insulto, á la calumnia y á la difamación; esto no es exacto; será un subterfugio para ir salvando dificultades, pero jamás una razón para atraer prosélitos, y menos para convencer á nadie. Si se tolera que la autonomía se propague y se defienda, siendo un sistema, ilegal y prohibido, ¿no habrá de permitirse la libertad de impugnarla y atacarla, como perjudicial é inconveniente? Pues bién; las armas de buena ley, que los impugnadores esgrimen en la lucha, son las que los contrarios llaman calumnias é insultos. Combátense aquellas doctrinas en la serena región de los principios, y porque no hallan réplica para los argumentos, ni 62 justificación posible para ciertas manifestaciones de aquella propaganda, desahogan su bilis en mil injuriosos conceptos, y pintan á los impugnadores poco menos que como *verdugos de su inocencia*. El recurso podría ser de efecto, si no fuera conocido.

Reflexionen un poco los sectarios; despréndanse por un momento de la pasión que los domina y los trastorna y envenena, para contestarnos: ¿dónde están las víctimas?; ¿dónde están los victimarios? Víctimas, si acaso, serán, en este suelo, la paz y armonía amenazadas de muerte por las indiscretas frases, por los intemperantes discursos pronunciados en los meetings *autonomistas*, y serán victimarios los que en esos mismos meetings excitan pasiones, concitan ánimos y predicán al pueblo sencillo ó ignorante doctrinas que no pueden menos de tener, como término, la anarquía administrativa y una gran perturbación social.

No, y mil veces no; victimarios no son los que con patriotismo á toda prueba oponen el dique de sus salvadoras doctrinas al torrente avasallador de una idea inconveniente, y menos los que, como los hombres del Partido Incondicional, saben volver por los fueros de la razón y del derecho, resistir al formidable impulso de los desaciertos políticos y contener esa gritería inmensa, que pretende ahogar los majestuosos ecos de la razón y la justicia, en actividades estériles y peroratas contraproducentes.

Victimarios serán los que en las columnas de sus publicaciones se atreven á estampar párrafos tan temerarios como el siguiente:

Library of Congress

“Lo lamentaremos de todas veras, porque por más pacíficos humildes y serviles que los pueblos sean, llegan momentos en que, cansados del látigo que los fustiga, los deshonra y envilece, entra en ellos la reacción, enardécese su sangre, y entonces.... entonces, ¡guay! de los bárbaros, si en un momento de esos el pueblo se acuerda de que existen sogas y calles.”

Victimarios serán los que dejan escapar de la pluma estas *inocentes* frases, que recortamos de un colega local:

“Como sucede siempre que dimite un Gobernador de las Antillas, suenan ya diferentes nombres de generales que sustituirán á Calleja, entre ellos el del general Weyler, que durante la campaña de Cuba *empleó allí mucho rigor para reprimir la insurrección*, conducta que le valió cierta fama de dureza y de inflexibilidad, *por lo que no creo cometa el Sr. Sagasta la torpeza de enviarle de Gobernador, pues sería este nombramiento muy perjudicial en las actuales circunstancias.* ”

Victimarios serán los que, como en los *meetings* autonomistas de los actuales tiempos, siembran la antisocial propaganda, haciendo imposibles la fraternidad y sosiego de estos habitantes 63 y levantando oleadas de pasiones y errores contra los hombres que tienen grandes títulos y merecimientos insignes para el respeto y admiración de cuántos se interesan por el bien general.

Victimarios serán los que á hermanos verdaderos insultan como enemigos y extraños, los que á ciudadanos dignos y decentes, que honran el suelo que pisa su noble planta, se atreven á llamar *aventureros hijos de la suerte, sedientos de dinero*. Esos que así profanan la historia, que así ofenden al pudor público y á la moral social, esos, esos son los victimarios; esos son los que hieren los sentimientos honrados de esta hidalga tierra, los que hacen poco menos que aborrecible el trato social, los que lastiman, procazmente, la delicadeza de afectos y sentimientos, que constituyen la ventura da las familias y la alegría de los pueblos.

Library of Congress

Y esos mismos ¿quieren ahora explotar para sí el papel de *víctimas*? Sarcasmo risible. Sí *víctimas*, lo serán de sus propios excesos. Sí *victimarios*, la Isla les compadece como hijos extraviados.

64 65

XV. ¡AMOR AL PAÍS!

PALABRA sublime! ¡Frase sacramental, ante la cual inclinamos la frente, cada vez que oímos pronunciarla! ¿Quién no se rinde á la bondad? ¿A quién no arrebató la belleza?

Pero, después de todo, ¿qué significa, qué es ese *amor al país*, que tanto se invoca?; ¿en qué consiste?

Hora es ya de que abordemos esta cuestión magna, que sirve, actualmente, á muchos de pretexto para sus planes y políticas propagandas. El *autonomismo*, falto de lógicos y legales recursos, comienza á plantearla, sin reparar en los medios, y á todos los casos y en todas las circunstancias, aplica aquel consabido estribillo de sus ánsias locas, de sus ambiciones vanas, de sus trasnochadas lucubraciones.

¡Profanación sacrílega de una virtud sagrada, que ni se tiene por herencia, ni es patrimonio de nadie, ni puede convertirse en provecho de unos pocos, ni mucho menos en perjuicio de la mayor parte! ¡Nombre venerando del cual tanto se abusa, por servir al interés mezquino de una escuela, embaucando á los pueblos, seduciendo á inocentes campesinos, y haciendo aborrecibles y odiosos á los beneméritos ciudadanos que figuran en ese 66 gran *Partido Incondicional*, llamado así, porque sus afiliados no ponen tasa ni condiciones al amor de la Patria y sus Antillas, y á los cuales, ¡por esto! trata el *autonomismo* de *enemigos de este suelo*.

Y bien; ¿qué es el *país*, qué significa ese *amor al país*, que tanto se invoca, volvemos á preguntar? Para los *autonomistas*, por lo visto, el país no son los 800,000 habitantes que le pueblan, ni sus deliciosos valles, ni sus floridas campiñas, ni sus pueblos y sus

Library of Congress

ciudades, ni sus encumbrados montes y sus abrasadas playas, ni sus costumbres y tradiciones, ni su acrisolada lealtad y proverbial nobleza, ni su pasado, ni su presente ni su porvenir, sino un determinado grupo de personas, como, por ejemplo, los redactores de tal ó cual periódico, los oradores de tal ó cual *meeting*, ó los iniciadores de tal ó cual idea política, así sea descabellada y absurda. Triste idea tienen de un país los que, parodiando á Luis XIV, se atreven á exclamar en su insensata vanidad: *el país somos nosotros*. ¡Pobre país, si fuera como sueñan ellos!

Seguid, ciegos autonomistas, acariciando tan necias é infundadas ilusiones, pero sabed, al propio tiempo, que el país no es vuestro, ni está con vosotros, porque ni quereis ni sabeis sacrificaros por él, porque no os afanais por su verdadero progreso, porque no procurais, bajo ningún sentido, el bien de vuestros compatriotas, porque, en medio de esa libertad que decantais, sois tiranos de la conciencia pública y déspotas con vuestros hermanos; porque sois *amigos del país*, únicamente, en la *velada literaria*, en el *meeting*, en el *club* y en el periódico, que halaga vuestro orgullo y del cual librais, quizás, vuestra subsistencia.

Obras son amores. ¿Qué puentes habeis levantado, qué obras habeis construido, qué empresas habeis intentado, qué capitales habeis invertido en beneficio público, qué ahorros habeis acumulado por vuestro trabajo, vosotros los que tanto vociferais en nombre del país, cuyo amor exclusivo os atribuíis? Señalad un solo adelanto por vosotros realmente promovido; indicad un solo progreso por vosotros realizado; por cada uno que vosotros señaleis os mostrarán los *incondicionales* ciento, y seguid después llamándoles *monopolizadores* y *advenedizos*; seguid faltando á vuestras conciencias y haciendo traición á la verdad histórica. Ellos continuarán su salvadora misión, y á los gritos de vuestro despecho contestarán con los hurras de sus triunfos, que son los que os perturban y enloquecen.

Vosotros, antes que todo, sois revolucionarios y demócratas; los *españoles incondicionales*, antes que demócratas y revolucionarios, son verdaderos amantes del

Library of Congress

país. ¿Creeis que sólo en la democracia se rinde culto al amor de los pueblos? Todo lo contrario. Los revolucionarios no tienen patria conocida; ellos hollaron 67 en Francia los tesoros de la civilización, en Alemania la cumbre de la sabiduría, en Rusia la majestad de los imperios y en el universo entero la seguridad de los estados. La revolución predica la falsa filosofía del *cosmopolitismo*. Vosotros seguís sus banderas, y aborreceis lo mismo las islas que los continentes; cuánto marcha, por las pacíficas sendas de un verdadero bienestar, y no os ofrece ancho campo para vuestros egoísmos óveleidades y antojos.

Un sabio profundo, el insigne Montaigne, ha dicho que el error es la causa de la mayor parte de los males que nos afligen, y mucho antes que ese filósofo, otro había establecido como base de toda moral el *nosce te ipsum* de la socrática ciencia. Aquí está vuestro mal; en que no os conocéis á vosotros mismos, porque, si os conociérais, no trataríais á los demás con altanería tan insultante, pretendiendo explotar en vuestro exclusivo beneficio lo que á todos pertenece, por derecho propio, y lo que todos practican, cuando menos, tanto y más que vosotros.

Si sois amantes del país, debéis mostrarlo con hechos fehacientes y desinteresados, no con alharacas y hueca palabrería. Aquí el último va tan allá como vosotros en eso de *amar al país* á que todos pertenecemos y del cual todos formamos parte integrante. Aquí, el que menos, siente tanto *amor al país* como el que más de vosotros. Guardaos, pues, ese *estribillo* con que parece pretendéis, en vano, cohonestar vuestros desaciertos, y no profaneis más un sagrado nombre, que convertís en bandera de discordia, cuando debiera ser el vínculo de la unión y el símbolo de la paz.

El Partido Incondicional lleva muy alta y enhiesta esa bandera, y, en nombre de ese mismo *amor al país*, os combatimos y os combatiremos, sin tregua ni descanso.

68 69

XVI. EL INCONDICIONALISMO Y EL AUTONOMISMO.

Library of Congress

QUÉ contraste!

El primero, desarrollando tranquilamente su vida por los espaciosos ámbitos donde campea, sobre todas las alturas y por encima de todas las aspiraciones, la gloriosa enseña, jamás vencida, y en que se alzan los sacrosantos altares de la Patria, siempre adorada.

Siempre dócil en sus entusiasmos, siempre igual en sus tendencias, siempre atento á los deberes del patriotismo, siempre celoso de la dignidad y honra nacionales, benévolo, generoso y transigente, vive y respira con un solo, unánime y general aliento, y es hoy el mismo que ayer y será mañana, porque sus principios emanan de la razón inmutable, que rige á los pueblos, y manda hacer el bien en todas sus manifestaciones.

El segundo, por el contrario, soportando á duras penas una existencia inverosímil, rodeada de cambios y accidentes, registrando sinnúmero de decepciones, desfalleciendo en continuos contratiempos, alimentando sin cesar ensueños irrealizables, ansiando con la sed del hidrópico en el suplicio de *Tántalo*, sintiendo á cada paso un secreto impulso, que le dice: *anda, anda....*, y oyendo, al mismo tiempo, la voz de la conciencia, que le grita: *¡á dónde vas!* Y anda y anda siempre, como el personaje mitológico, y nunca llega, sino que cada vez se aparta más del verdadero camino, rompiéndose en los escollos de la pasión, y rodando, como el alud, por las pendientes del error.

La fatalidad es su destino, porque sus principios arrancan de la razón política, que suele ser idea de conveniencia, y se convierte en decepción amarga siempre para cuántos le rinden culto y la profesan.

Este es el *Autonomismo*; aquél el *Incondicionalismo*.

¡Qué contraste!

Library of Congress

Grave error cometen los que fingen, ó aparentan fingir, que el Partido español incondicional va *picando la retaguardia* al suyo, esto es, al *autonomismo*, andando tras él, avanzando con él, como arrastrado por él, hasta el punto de suponer que ya no hay entre ambos más que un paso de distancia, ¡Qué ilusión! Sí; un paso de distancia; pero, un paso de distancia como el de la afirmación á la negación, como el de la vida á la muerte, que no es más que un paso, ciertamente, pero un paso representado por diferencias inmensas y distancias infinitas.

Si *picar la retaguardia* es perseguir al adversario, que se retira y huye, no sabemos por qué peregrinas deducciones puede haber quien pretenda que *El Partido Incondicional* haya dejado de ser lo que era, cambiando esencialmente en sus doctrinas y procedimientos. Aquella frase fué empleada, un dia, por cierto periódico, en sentido contrario á su significación, y es de ver cómo, á semejanza de los oráculos antiguos, ha expresado en ella una gran verdad, que significa el triunfo de nuestros ideales.

Cambien en hora buena los que, como el *autonomismo antillano*, habitan en un desierto de ideas sin base racional, y gustan de andar, como la tribu errante, en perpétua caravana, sin detener jamás su vacilante paso en punto alguno determinado; cambien los que son capaces de opinar y sostener que los partidos políticos no pueden vivir y desarrollarse sobre una base fija, sin admitir modificaciones. Nosotros, antes que la de esos, habíamos conocido la autoridad de un insigne filósofo, que nos dejó escrita esta elocuente sentencia: “Lo que varía es el error.” Y error, y grande, es el del *Partido autonomista*, que busca la vida en las contínuas modificaciones de su ser, ó, si no es error, es prueba, cuando menos, de que esa misma manera de ser no está ajustada á principios de vitalidad, ni á razones de conveniencia pública. El que no sólo intenta, sino que realiza mudanzas, bien claro demuestra que se halla mal en su anterior estado, y, 71 por otra parte, el cambio no es garantía de mejor situación, pues con frecuencia acontece lo opuesto, como se ve en dicho partido, cuyo sino no parece sino que es caminar, sin rumbo ni horizontes conocidos, á oscuras y como á tientas, sin dirección y sin consejo,

Library of Congress

enredándose constantemente en las zarzas de su fragoso camino. Abran ya los ojos sus prosélitos; contemplan, tras un pasado poco glorioso, el cúmulo de negaciones é incertidumbres que les rodea, y retrocedan ante el abismo.

Por el contrario, como la verdad es siempre una, y siempre la misma, y de ella es poseedor el *Incondicionalismo*, he aquí por qué este partido no necesita buscar en el cambio de procedimientos el progreso de sus ideales, pues estos se imponen pacíficamente por la propaganda legal, y así es como han logrado abrirse paso y dominar en la opinión. Así es como el *Incondicionalismo*, no obstante los años transcurridos, y ostentando aun la misma é idéntica bandera, que le trajo al campo de la lucha, desde el primer momento, puede todavía gloriarse, y seguir gloriándose, de pertenecer á un partido, que comenzó vigoroso, y continúa triunfante, por su propia virtud y fuerza, esto es, por la fuerza y virtud de sus doctrinas fundamentales.

Descansan esas doctrinas fundamentales en la *firme roca del patriotismo*, donde se estrellan las olas del tiempo y se rompen las pasiones humanas; en esa gran fuerza, que, lejos de sentir desalientos, adquiere cada día nobles estímulos en las victorias realizadas, y cobra nuevos bríos ante los obstáculos, que, como toda idea grande, tiene que vencer, luchando. Las grandes virtudes sociales, que han arrancado al hombre de las oscuridades de la barbarie, iluminándole con los fulgores de la civilización, no pueden perecer; tienen que vivir siempre, y entre ellas, la primera el *patriotismo*, compendio de todas.

Y hé aquí por qué el partido del amor *incondicional* á España y sus instituciones no puede decaer ni experimentar modificaciones, en lo esencial. Pasarán los años, desaparecerán los hombres, cambiarán las circunstancias, surgirán, acaso, rivalidades, veráse, quizás, combatido por todo género de propagandas; mas, él permanecerá con segura, infalible y prepotente vida, con vida capaz de contrarrestar cuántos elementos contra él se agiten y conjuren.

No se hagan, pues, ilusiones los adversarios.

El *Autonomismo* representa lo limitado, lo mudable, lo contingente, lo accidental, y, por eso, obedeciendo á una ineludible ley de la naturaleza, tiene que ir de transformación en transformación, hasta que, como la gota de agua en el Océano, desaparezca en el piélago inmenso de lo desconocido y olvidado.

El *Incondicionalismo*, por el contrario, representa lo grande, lo esencial, lo necesario, lo indispensable, y tiene que vivir tanto como el aire en la atmósfera, tanto como los pueblos en el universo, tanto como el amor en las razas, tanto como la nobleza en los corazones, tanto como los destinos de la humanidad. El *Incondicionalismo* es *patriotismo*, y el patriotismo español en América es inmortal.

73

XVII. POR EL PARTIDO INCONDICIONAL.

“Ha existido y existe en Puerto-Rico un partido, por el número de sus sectarios, impotente; por sus principios *igconoscible* (suponemos que se habrá querido decir *incognoscible*); por sus no determinadas aspiraciones, maquiavélico; por sus medios de acción, mañoso; por su historia, retrógrado, y por su porvenir, dudoso. Es ese el partido que se titula *incondicionalmente español*. ”

ASÍ ha escrito un periódico de esta Isla, y de seguro que siente tranquilo su espíritu, porque ésta es la condición del calumniador rencoroso; la de gozarse en el daño que hace con su torpe lengua, sin experimentar siquiera los remordimientos de la conciencia, que, cuando no está encenagada ó influida por el hálito de venenosas pasiones, dicta á cada cual el mal que ha de evitar y el bien que debe proseguir y procurar.

No hay para que decir la procedencia de esas ideas, ni la filiación política del periódico que las vierte; son frutos de la *autonomía*, de ese tan decantado sistema, que presume, insensato, hacer la felicidad de estos pueblos, por el camino opuesto al en que la felicidad de los pueblos se realiza; esto es por el camino contrario á las manifestaciones del

Library of Congress

verdadero patriotismo, que es el que reúne, como en compendio, todas las virtudes del hombre social, 74 y el único capaz de producir algo noble, grande y generoso, algo santo, sagrado y perdurable; el único que, en todos los tiempos y en todas las zonas, ha sabido dar al mundo predicadores entusiastas de la verdad y el bien, apóstoles infatigables de los adelantos y la ciencia, mártires decididos de la obligación y del deber y héroes inmortales del progreso y la civilización. ¡Qué serían los hombres, serían los pueblos, qué serían las naciones, esas grandes apoteosis de la humanidad, qué serían las Américas, estas sublimes manifestaciones del poder inmenso de Dios, sin la práctica, sin el ejercicio del patriotismo!

Y así mismo preguntaremos: ¿qué opinión hemos de tener nosotros, qué juicios habremos de formar de quien, como aquel periódico, cuyas palabras hemos transcrito, tan baja idea tiene de la más excelsa de las virtudes, y así se atreve á burlar y escarnecer, en el seno del patriotismo, el *amor incondicional* á España, á esa patria adorada, que simboliza cuánto de más grande y sagrado tiene el hombre sobre la tierra? ¿Acaso se imagina el autor de aquellas frases que ha muerto ya la pura raza de patriotas, de legítimos herederos de aquéllos que dieron á la nación de Isabel I a . legítimo renombre de grandeza, é inmortalizaron su recuerdo con legendarios esfuerzos de abnegación y de civismo tan sólo propios de titanes, que sostienen sobre sus robustos hombros el cielo del progreso, y abren con su gigante brazo dilatados y extensos senderos, que van derechamente al paraíso de la civilización? ¿No querrá admitir siquiera que haya, en la sucesión de los tiempos, imitadores, aunque humildes, de aquéllos, y perpetuadores de la regeneración de los pueblos arrancados, por piedad, al secreto de los mares y á la oscuridad de la barbarie?

Así parece, cuando al partido que mantiene enhiesta la bandera de un patriotismo salvador y civilizador, bajo el sagrado símbolo, y en las saludables prácticas de su *amor incondicional* á la Patria, se atreve á llamar *impotente, incognoscible, maquiavélico, mañoso, retrógrado y de porvenir dudieso*.

Está bien. Pero, si es *impotente* ese partido, ¿por qué las fuerzas coligadas del autonomismo y otros principios revolucionarios no son capaces de hacerle perder una sóla pulgada de terreno, ni de arrebatarle un sólo lema de sus invictas banderas? ¿Por qué tanta fiereza para atacar y combatir al débil? ¿Por qué suponerle dueño de todo, monopolizador de todo, y árbitro de todo? ¿Por qué se le teme y se le acecha, y jamás se le vence? ¡Ya! Porque la fuerza del patriotismo es irresistible; es, como á las tinieblas, la luz que las disipa, como al error, la verdad que le destruye, como á la pasión detestable, la templanza y la benevolencia vencedoras.

75

Si es *incognoscible*, ¿por qué hablan tanto los adversarios de su existencia? ¿Por qué procuran impedir el conocimiento y propaganda de sus sacratísimos principios? ¿Por qué la opinión los sigue y tiene fé en ellos, no obstante las prédicas contrarias? ¿Hay quien se preocupe de lo desconocido, ni quien tema sus efectos? Lo desconocido estará de parte de los que, sin motivos justificados y sin razón que acredite sus planes, impugnan una idea santa, sagrada é inmortal, que, lejos de producir confusión, ahuyenta las oscuridades, é ilumina el horizonte social con fúlgidos y vivos resplandores.

¿*Maquiavélico*? Maquiavelo enseñó los medios de atropellar los fueros de la justicia y sacrificar los intereses de la humanidad, y el *Partido Español Incondicional* tiene prácticas y creencias contrarias de un todo, al defender aquellos y proteger éstos, por los medios que la razón, el derecho y la historia ponen en manos del patriotismo, para la realización de los altos fines políticos y sociales de que pende la suerte de los pueblos.

¡*Retrógrado y mañoso*! Siempre la virtud fué objeto de la envidia y de la crítica de los que no la comprenden. Esta es su suerte, y ese es precisamente su crisol. Partido que predica el amor incondicional á las instituciones pátrias, amor que implica el cariñoso afecto de nuestros mayores, el apego y adhesión al santuario de la familia, el fraternal espíritu y buen sentimiento hácia nuestros compatriotas y semejantes, con el deseo vehemente y el esfuerzo continuo por el adelanto y prosperidad común, y que todo eso predica, siguiendo

Library of Congress

caminos de escrupulosa templanza, apartándose siempre de irritantes exageraciones, enseñando y ejerciendo en cada momento el ejemplo del trabajo, el respeto al orden y el acatamiento á las leyes, ¿puede ser tachado de *mañoso ni retrógrado*, bajo concepto alguno? Retrógrados serán los que matan con sus tendencias los principios inalterables de que el progreso se deriva, y serán mañosos los que en su incesante labor jamás se sacian ni jamás descansan, ansiando siempre lo absurdo é imposible, que quieren hacer ver, por artificios del sofisma, como racional, conveniente y practicable.

¡De porvenir dudoso! Así decían los gentiles de la religión de Cristo. Y, como ésta, el patriotismo, que es una religión verdadera y santa, vive y dominará el mundo, desafiando al porvenir. El genio de las sociedades le sostiene, y el espíritu de Dios le conduce sobre las olas de la pasión. Todo se habrá acabado; sólo escombros se verán sobre los pueblos, y aun resonará la voz del patriotismo, llamando á edificar de nuevo lo que el espíritu del mal hizo pedazos en la destrucción.

¡Ah! Los que de tal modo piensan, ni quieren ser patriotas, ni se creen capaces de sentir el patriotismo. Por eso dudan y de esta gran virtud hasta se mofan. Pero, ¿qué importa tan extraña conducta, cuando ella es la que tiene al adversario en el más profundo descrédito y en el más mortífero abatimiento?

El Incondicionalismo, el *amor incondicional* á la Patria, lejos de ser un aborto del pasado, como le llama aquel periódico autonomista, es una idea siempre antigua y siempre nueva, una idea siempre grande y generosa, que brota á impulso de los sentimientos más delicados del corazón, y viene á satisfacer aspiraciones elevadas del espíritu en los que son capaces de comprender la alta significación de estas palabras: Patria, razón, derecho y libertad. El *patriotismo español incondicional* en América dista mucho de la idea de medro y del vicio de la hipocresía con que pretenden motejarle sus gratuitos enemigos; obedece á la necesidad de los tiempos y á un gran principio de conveniencia social. Los excesos de la revolución y de la democracia lo han lanzado á la escena como tabla de salvación, como único principio salvador, en las dolorosas experiencias del pasado, tras

Library of Congress

las sangrientas catástrofes ocasionadas por el olvido de grandes deberes sociales, y ante las nebulosidades de un porvenir capaz de verse comprometido por la más execrable de las ingratitudes.

El patriotismo incondicional en América tiene muy alta misión que cumplir, y, más que otro alguno de los partidos, lleva significación de interés trascendentalísimo. Y, ya que obligados nos vemos á decirlo, sepan nuestros detractores, de una vez para siempre, la razón vital de ese partido, por los labios autorizados del gran *leader* de la autonomía, del apóstol más venerado de las libertades antillanas, el señor Labra, que en la sesión de 1º de Junio de una reciente legislatura, dijo en un discurso, que publicaron aquí todos sus admiradores y parciales, lo siguiente, que copiamos textualmente:

“ *Más aun: yo creo que, en el ORDEN DE TODA POLÍTICA NACIONAL, Lay que partir del supuesto de que existe en todas las colonias un germen separatista; éste es un factor que es necesario no olvidar.... Es decir, señores, que este punto concreto de la negación absoluta del dominio de la Metrópoli, sea por error, sea por interés ó por cualquier otro motivo, es un dato que el gobernante ha de tener en cuenta para mover los intereses sociales y PROCURAR DESTRUIR DE UNA MANERA POSITIVA AQUEL GERMEN.*” ¿Lo quieren más claro?

Y en cuanto á la significación de ese mismo partido, al cual tan ciegamente se pretende anular, como si nada representase en la opinión, dijo también el mismo orador, en el citado discurso: “que puede luchar, perfectamente, *porque tiene intereses serios, y representa algo positivo en el estado social de estos 77 paises.*” ¡Sublime lección ésta para los temerarios, que dudan y niegan, dada por el jefe más caracterizado del *autonomismo*.

Y, por si esto no fuese suficiente, á quien quiera conocer algo más sobre el móvil que da vida al gran *partido incondicionalmente español* en estas latitudes, diremos que pregunte á las titánicas contiendas civiles que ensangrentaron, á principios de siglo, el Continente

Library of Congress

Americano, luchando por la emancipación; pregunte á la Perla del Golfo Mejicano, en sus diez años de fratricida y exterminadora guerra; pregunte á tantos pechos nobles, patrióticos y leales, que en estas regiones tropicales moran, ó han visto la primera luz, y pronto todos nos enseñarán con dolorido acento, cómo es necesario é imprescindible que á las exageraciones de una política peligrosa, que perturba, se siga la templanza de una política saludable y enérgica, que restablezca. Tal es la del *Partido español incondicional*. En todas aquellas regiones, muy cerca de nosotros, como en la demagógica asamblea de Francfort, se llegó á gritar con rabia: ¡Muera la patria! Pues bien; en América estamos y en América vivimos; no había de faltar tampoco aquí un partido fuerte, vigoroso, enérgico y prepotente, que gritase también con toda la fuerza de sus pulmones: ¡Viva la Patria! ¡Viva España!

Ese es el *Partido Español Incondicional*.

78 79

XVIII. Y SERIES COMO LOS DIOSES

HE aquí la fórmula de la primera rebelión del hombre contra su Dios. Desde Adán, el primer rebelde, hasta Proudhon, el último impío, esa es la fórmula de todas las revoluciones.

Y ésta es también la fórmula de ese nuevo sistema llamado *autonomía*, que es verdadera revolución, porque inquieta y trastorna, porque pretende alarmar y dividir, cambiando el régimen político, sin reparar en los medios, ni fijarse en los resultados; porque, en fin, apela á la seducción de que ha sido víctima el primer hombre, y de que seguirán siéndolo cuántos presten oídos á su engañosa voz y á las falsas promesas de un bienestar, que sube en la escala de fingidos halagos, pero que se desvanece luego, y se convierte en ruinas, al soplo devastador de todo lo noble y todo lo grande.

Del ilustre cuanto incomparable Marqués de Valdegamas son las elocuentes frases con que encabezamos este capítulo, pronunciadas allá por los años de 1849, y aplicadas,

Library of Congress

con sobrada razón, al presente, puesto que, á la verdad, no son otros los recursos 80 que emplea la *autonomía* para atraerse prosélitos y hacer su propaganda.

Cierto; la *autonomía*, que nada tiene, ni nada vale, en orden al adelanto de los pueblos; la *autonomía*, que carece hasta de las verdaderas condiciones de sociabilidad nacional; la *autonomía*, que no puede hacerse amable y simpática á las gentes, que piensan con su cabeza propia; la *autonomía*, que adolece, por otra parte, de dos grandes y mortales vicios, la impotencia, á saber, y la soberbia, tiene, por recurso, que halagar las pasiones de la ambición, tiene, por fuerza, que sobreexcitar los deseos de las muchedumbres, es, ans osas de novedad y preeminencias, dirigiendo á las masas, como todos los revolucionarios, para alucinarlas, el satánico grito, fórmula invariable de todas las revoluciones: *¡Sereis como los Dioses!*

Este mismo grito, bajo distintas formas, ha dirigido á los suyos la *autonomía* en es e suelo. Con este sistema, les ha dicho: os gobernareis mejor, la administración pasará á vuestras manos, no sufrireis los rigores del despotismo, no sentireis la vergüenza del envilecimiento, iluminará vuestro paso la vivificante luz de la civilización, los destinos y las rentas públicas serán vuestros, y de la triste condición de miserables ilotas, en que ahora vivís, subireis á la categoría de *ciudadanos libres*, que os espera; en una palabra: *¡sereis como los Dioses!* Y, por el sistema opuesto, vuestra suerte está echada en el rigor de todas las desdichas y las sombras de humillante porvenir.

¡Pero, cuánta vanidad y cuánto engaño! ¿De dónde sacará la *autonomía* impulsos para tanto bien?; ¿cómo, en su flaqueza, logrará realizar tantos prodigios? ¿De qué modo hará el milagro de una regeneración social, si, pobre, raquítica y enervada por los excesos, apenas puede sostenerse ante el juicio de la opinión? Sus apóstoles entre nosotros viven; dispuesto tienen el campo y abierta la liza para las grandes obras; ¿hay uno siquiera entre ellos que garantice sus fáciles promesas con los testimonios de la realidad? No vemos, por el contrario, á todos, ó casi todos ellos huir del terreno práctico de las experimentaciones útiles y laboriosas, para quedarse en el de las puras *ideologías*, que

Library of Congress

sirven solo al amor propio personal, y jamás al interés verdadero, á quien, por el contrario, comunmente perjudican? ¿Acaso los sectarios de ese anti-patriótico y anti-social sistema tienen derecho exclusivo para desear el bien, ó inteligencia privilegiada para conocerle y procurar su realización?

No; las Antillas nada esperan de los hombres de bandería, no educados en el santo amor de los pueblos, sino en las ventajas de un utilitarismo repugnante y egoísta, y en las exageraciones de una escuela temeraria y agitadora; las Antillas nada pueden esperar de los políticos de oficio, de los oradores del *club*, en que se fragua el rayo exterminador, y donde, convertida la propaganda política en cuestión social, se provocan tristísimos enojos y dolorosísimas represalias; las Antillas nada quieren con esos que todo lo fían á la argumentación casuística de una teoría sin base racional, y al azar inesperado de sucesos no probables ó de ventajas ilusorias; ellos son los mismos, que, en todo tiempo y en todo lugar, han exterminado á los ciudadanos con la anarquía y oprimido á los pueblos con el despotismo, diciendo á los incautos: *Sereis como los Dioses*.

No; las Antillas cifran su porvenir y su ventura en el orden generador de todo bien; en la agricultura que forma la riqueza de los pueblos; en la industria, principio vital del bienestar y prosperidad, en el comercio que desarrolla el trato familiar por el interés recíproco, y en el trabajo que ennoblece y moraliza, fomentando ese sublime amor por la paz, por la familia y por la Patria, que todo lo simboliza, en los sentimientos y aspiraciones del alma racional. Y nada de esto se propone la *autonomía*, nada de esto puede conseguir la *autonomía*, con sus discursos congresales, con sus peroraciones de estudiado efecto; antes al contrario; y las Antillas deben temer mucho y recelarse sobre manera de los que, ofreciéndolo todo, nada tienen en su deseo, ni nada producen en su entusiasmo más que los odios, los antagonismos y discordias, por donde marcha la sociedad á su ruina y decadencia.

La *autonomía*, escribiendo en sus banderas el signo de todas las ambigüedades, poniendo en todos los labios un argumento para todas las resistencias, cerrando el paso

á todos los auxilios, procurando el fatal aislamiento en las manifestaciones de la vida pública, renunciando neciamente á las salvadoras corrientes de la vida nacional, negando á la autoridad sus derechos y á las leyes su augusto poder, sin verdaderas ideas de gobierno, que pueda contener los ímpetus del regionalismo, ¿qué es, qué puede hacer, á dónde va? Pues va al abismo abierto por los que saben halagar las pasiones, haciendo brillar sus teorías insensatas, ya que no tienen otros recursos, que las mentidas promesas de aquel soberbio grito.

¡Y sereis como los Dioses! Esta, que es la fórmula de todas las revoluciones, es también la farsa de todos los revolucionarios. Es la frase satánica, que lanzó á nuestros primeros padres de su patria verdadera, hundiéndolos en el abismo de las miserias humanas.

¡Guárdense los ilusos!

82 83

XIX. TEMPRANOS FRUTOS.

QUIEN siembra vientos recoge tempestades; verdad es ésta, que han demostrado siempre repetidos, dolorosos y elocuentes hechos; y no puede ser de otro modo, porque la imperceptible semilla lanzada, imprudentemente, en las entrañas de la tierra ó en el corazón de la sociedad, por una ley física ó por una ley moral, ha de dar sus naturales frutos, tiene que crecer y desarrollarse, por su propia virtud y fuerza, así como crece y se agiganta la bola de nieve, que arranca de la montaña y es promontorio en el valle, y se desarrolla la nubecilla que se extiende por el horizonte, y al instante desata el trueno, que ensordece, y funde el rayo, que aniquila.

Bien poco há que la ceguedad política levantó la bandera *autonomista* en Ponce, y ya por los frutos se puede conocer qué clase de planta es esa, que así ha venido á inficionar el ambiente de armonía y fraternidad, que disfrutábamos. A su sola manifestación, nuestra sociedad se ve combatida por el triste influjo de pasiones y errores, que, ó ya fraguan desvíos y antagonismos ponzoñosos, ó ya minan en sus cimientos los buenos principios

Library of Congress

84 en que la sociedad debe descansar. Parece que se ha perdido el don de consejo, ó que se va á romper el dique que contiene el desbordamiento. Los desaciertos son muchos, y se manifiestan de un modo que no tiene precedentes, con los cínicos alardes de la ofensa y con el lenguaje intemperante de la soberberbia, que empequeñece á los grandes, como anula, totalmente, á los pequeños.

Al consignar tan amargas reflexiones, no nos mueve el pueril deseo de combatir una doctrina que creemos funesta; somos hartos tolerantes para respetar las opiniones, mientras no traspasan los límites de lo permitido y conveniente; guíanos, sí, únicamente, en ellas el afán, siempre noble y levantado, de evitar que la propaganda política vuelva á perturbar la paz y sosiego de que tanto necesitan estos habitantes, para sobrellevar la gran crisis económica que les agobia y tiene amedrentados; para vivir como hermanos al calor de una sola aspiración, que es la felicidad de todos, en el respeto profundo á las instituciones generales y en el amor sin límites á esta bella porción de la nacionalidad, cuyo progreso, cuya ventura, todos anhelamos.

La Asamblea celebrada en Ponce, si bien adoptó, muy inconvenientemente, el *sistema antonómico*, ha circunscrito, no obstante, sus acuerdos á pedir la *descentralización administrativa*, que es en la teoría y en la práctica cosa muy distinta de aquél. Mas, ¿cómo han interpretado los sectarios aquella fórmula? Díganlo las reuniones que se celebran en cada pueblo, los discursos de los oradores, los artículos de sus periódicos, todos, ó la mayor parte, tendentes á denigrar y hacer aborrecible lo que debe estar muy por encima de las opiniones políticas de ciudadanos vehementes y apasionados.

Mas esto no es todo. Hay algo más. Á la vista tenemos varias cartas de la Isla, que nos orientan sobre sucesos, que quisiéramos no ver repetidos, por amor á los principios sacrosantos que hemos invocado, y, aunque de algunos podemos hacer caso omiso, toda vez que no es de pechos viriles la preocupación exagerada ni la constante alarma, no así de otros que tienen una significación y trascendencia deplorables.

Library of Congress

No nos ocuparemos ahora de la agitación constante en que se tiene á los pueblos con la celebración continuada de esos *meetings autonomistas* a que concurren centenares de individuos en localidades de escasa importancia, mientras las industrias fabriles y agrícolas yacen en el marasmo más espantoso; nada tampoco diremos de esos vivas á la *autonomía* y á la *república*, que se lanzan á cada paso, pues, aunque reprobables, no pasan de un hecho vulgarísimo prohibido por el Código; nada, finalmente, de las invocaciones á la *libertad* y *al progreso*, cual si aquí viviésemos 85 bajo el férreo yugo de un *cesarismo* repugnante, ni de los apóstrofes contra los *déspotas* y *tiranos*, como si jamás hubiese brillado en este suelo la aurora feliz de la legalidad y de la justicia; sabemos también que tal es el sistema de la democracia turbulenta, para embaucar á las muchedumbres, que luego ha de subyugar y explotar con imperturbable descaro.

Nada más, por hoy, diremos de estas cosas. Pero, en cambio, no podemos menos de hablar acerca de otras, que, como ya indicamos, tienen una significación y trascendencia deplorables. Bien quisiéramos guardar silencio, mas el deber se impone, y á él nos hemos consagrado. Y, por lo mismo que nuestra política es de principios, exclusivamente, omitiremos citar pueblos y personas, al insertar, compendiadas, las frases de algunos discursos pronunciados en uno de los recientes *meetings autonomistas*, que vienen celebrándose en la Isla. Véase y júzguese.

Dijo un orador:

“Para que triunfe la autonomía es menester que todos VV. lleven al seno de sus familias la convicción de este ideal, principiando por las esposas é hijas, y *hasta en la mente de los criados* hay que procurar arraigar las convicciones autonomistas.”

Y, dirigiéndose á las señoras y señoritas, continuó: “No entregueis la mano de vuestras hijas á *ninguno que no sea autonomista; inculcad en vuestros esposos é hijos las doctrinas autonomistas; si teneis que comprar vuestros trajes, hacedlo en*

Library of Congress

establecimientos autonomistas, y, por último, hasta los alfileres que os prendais, han de ser autonomistas. ”

Y dijo otro:

“La autonomía debemos amarla todos los hijos de Puerto-Rico, y, el que así no lo haga, es indigno de llamarse puertorriqueño. Debemos, pues, *conquistar la libertad, aunque sea á despecho de estos aventureros hijos de la suerte, los conservadores, (léase incondicionales) que vienen á esta provincia sedientos de dinero, y, luego de hacer capital, se marchan á disfrutarlo á lejanos países. Con la autonomía NOS GOBERNAREMOS mejor, no pagaremos tantas contribuciones, no habrá tantos fraudes, no habrá tantos empleados y los que hubiese LOS NOMBRAREMOS NOSOTROS, y serán más honrados, más baratos y mejores. Voy á concluir: las campanas TOCAN Á MUERTO EN EL PARTIDO CONSERVADOR, mientras que el partido autonomista se levanta fuerte y potente, y podemos abrigar la esperanza de que con tantos y tan valiosos elementos pronto veremos el triunfo de la libertad, el progreso y la unión, y cualquier cosa, que aquí á cada rato interrumpen á uno, y temo que le dé miedo al Sr. Secretario. ”*

He aquí unos párrafos *brillantes* de aquellos discursos, tal como se nos remiten del pueblo en que fueron pronunciados; pero, 6 86 brillantes con el fulgor siniestro de la malhadada tea de la discordia; párrafos que nos hacen recordar maquiavélicos planes de otros países y otros tiempos, engendrados en las tinieblas y lanzados á la revolucion.

Séanos lícito preguntar: ¿es ésta la autonomía que se busca? ¿es ésta la descentralización que se pide? ¿para eso se invocan los nombres de progreso y libertad, y se profana hasta el amor y el respeto que son debidos á esta preciosa Isla? ¿Se ha de labrar el bien de este suelo, empujándole por caminos de discordia, á términos desconocidos?

Ahí teneis, apóstoles del autonomismo, ahí teneis el temprano fruto de vuestras predicaciones. Á los vientos que habeis desatado en la atmósfera responden ya los

Library of Congress

anuncios de tempestad. Bien podeis retroceder, ó, de lo contrario, os haceis cómplices de tantos daños. Si, como políticos, seguís el rumbo que mejor cuadra á vuestros antojos, tened presente que, como ciudadanos honrados, os debeis á las altísimas conveniencias de la armonía general, y á los elevados intereses de la paz y sosiego públicos. En nombre de estos intereses os lo decimos; por el bien de la Isla os pedimos esa patriótica resolución, y del Gobierno, padre de todos los ciudadanos y primer defensor de aquellos sacratísimos principios, debemos esperar y esperamos que contenga la avasalladora corriente de ideas, que podrían lanzar á este suelo sobre una situación por demás excepcional é insostenible. Nosotros cumplimos hoy nuestro deber; vosotros cumplireis también el vuestro; no lo dudamos; si no, quién sabe, si pronto tendreis que arrepentiros de vuestra propia obra, y, entonces, ¡grande será vuestra responsabilidad ante la opinión y ante la historia!

87

XX. VANO RECURSO.

HABRÁ sido como el *parto de los montes*; pero, es cierto que el *autonomismo*, nuevo engendro de política local, que desde la cuna *semejaba ya un Hércules*, al decir de uno de los apóstoles de la Asamblea de Ponce, vino al mundo precedido de un gran ruido, del ruido que suele preceder y acompañar á las conmociones geológicas. Y el ruido sigue siendo su elemento; ruido que tiende á confundir y ensordecen, ruido que se propone atemorizar y desviar la opinión.

Por esta vez el *Reformismo*, con traje de *autonomista*, que hace de él un verdadero *arlequín*, ha cambiado, no solamente los ideales, sino que, además, los procedimientos. Antes limitaba su esfera de acción á la defensa contra algunas imputaciones que se le hacían; pero, ahora, ya es otra cosa; ahora, no sólo se defiende, sino que acusa y ataca, ó mejor dicho, pretende atacar, en lo mismo que antes le obligaba á defenderse; y lo hace de un modo muy singular. Ocurre un hecho cualquiera, que implica falta de respeto á la autoridad, que perturba el orden entre los vecinos, que hace necesaria la

Library of Congress

presencia de la Guardia Civil ó la represión en cualquiera otra forma; teme, sin duda, que la responsabilidad recaiga en sus adeptos ó en sus doctrinas, y, para evadirla, grita 88 y grita muy alto, y mete mucho ruido, como sincerándose, á tiempo, para así prevenir el fallo de la opinión, con subterfugios, de un lado, é intemperantes acusaciones, de otro. Sin duda, que el autonomismo conoce perfectamente aquella máxima de *calumnia, que algo queda*; ó acusa que algo queda, y algo se va ganando para la defensa; es lo mismo.

Ahí están los órganos de ese nuevo partido; como movidos por un solo resorte, ahí están todos empleando su nuevo plan de ataque ofensivo y defensivo. Parece que ha sido fraguado en un cuartel general de operaciones, á juzgar por la armonía que guardan todos en la observancia de la consigna.

Ellos no denunciarán hechos punibles de ningún género; callarán desacatos cometidos, disimularán perturbaciones realizadas, negarán gritos proferidos, tratarán de explicar antagonismos sembrados, y atenuarán cuánto lleva en sí el sello de lo justiciable, bajo una ú otra forma; mas, en cambio, y esto es altamente irritante, al mismo tiempo que contraproducente, hablarán sin cesar de atropellos de la Guardia Civil, de excesos del Orden Público, de extralimitaciones de los Alcaldes, de *rabia de incondicionales*, y no vacilarán en denunciar los efectos, haciéndose los mudos en cuanto á las causas de lo mismo que califican de excesos y atropellos, que no son más, comunmente, que el ejercicio legítimo del poder, la represión preceptuada del mal, el empleo necesario de la fuerza, y el disgusto y desagrado que ha de producir ese batallar contínuo de pasiones, y ese constante maldecir de nuestras glorias pasadas, de nuestro régimen presente, de nuestro malestar futuro, y de la multitud de males que causan á esta tierra los *explotadores y ambiciosos*, que á ella arriban, *para oprimirla*, y en ella continúan, *explotándola*, cual si viviésemos en una inmensa *behetria*, donde los *dominadores* dan la ley del capricho á los infelices *esclavos*, que gimen bajo el yugo de un gobierno despótico, desenfrenado y tiránico. ¿Habrà cosa más apta para fomentar la revolución?

Library of Congress

Y aún se atreven á hacer más; apostrofan á los jueces; increpan á los tribunales; retan al poder, y hasta llegaron á decir que el gobierno estaba *dormido*, *hipnotizado*, porque no reprimía los excesos, presentándose ellos como víctimas, como únicos perjudicados, en esa guerra sin tregua que han promovido y en que ellos mismos son principales factores del desconcierto y concitación, que agita á los ánimos y crea la situación violenta, que sirve á sus amargas quejas, como es medio é instrumento de su necia propaganda.

No es exageración; es el más vivo retrato de lo que ocurre actualmente; es la pintera exacta del plan abominable que han puesto en práctica nuestros adversarios, para obtener por el engaño, 89 triunfos que no les dan ni la razón ni el derecho. Lo de “Edgard Quinet,” en contra de las asociaciones religiosas: “Abusos y atropellos no hay en ellas; pero, afirmemos que los hay, y el resultado es el mismo.” Así dicen ellos. Neguemos la maléfica influencia de nuestras desatentadas doctrinas; neguémosla con todo el calor de nuestras pasiones políticas, y de tal manera, dado que ciertos sean los resultados, otros aparecerán como responsables, mientras que nosotros adelantamos en la realización de los éxitos apetecidos.

No es exageración, repetimos. Ábrase cualquiera de esas publicaciones que con febril actividad lanza al público el intransigente autonomismo. En todas y en cada una de ellas se observará el mismo plan de acusación sin medida, y de sincerarse, antes de la acusación. ¿Qué prueba esto? Pues es indicio de la culpabilidad consiguiente; es el remordimiento que se subleva contra el fallo que condena; es la conciencia que se retuerce en la previsión de los males causados; es la eterna parodia de aquel personaje bíblico, que huía por montes y vallados, ante el recuerdo de la víctima inocente; es, en fin, el temor y el miedo que se revelan en todo aquel que conculca las leyes por que la sociedad se rige, al pretender apartar la acción de la justicia y evadir la sanción invariable de las leyes.

El *autonomismo* se siente culpable, y pretende excusarse, y, para excusarse, como no puede negar los hechos, los atenúa ó los desfigura, y los niega ó los atribuye á aquellos,

precisamente, que luchan con noble afán por que no se reproduzcan, después de haberse esforzado para que no se cometiesen; los atribuye, ¡ceguedad incomprensible! á un partido, que todo es amor, orden, discreción y respeto á las leyes y autoridades constituidas; á un partido, que se mantiene en la arena de la discusión, para prevenir todo género de desagradables sucesos y contrarrestar el impulso de esa avasalladora democracia, que, en todas partes, ha sido causa de la ruina general.

Y en esta teoría inaudita, que nadie menos que el *autonomismo* debiera emplear, estriba el nuevo plan que examinamos, y con el cual se propone aquella agrupación meter mucho ruido, y aparecer como víctima, siendo victimario como juez, siendo acusado, como inocente, siendo culpable. ¡Pero, en vano! Ese recurso es su acusación más tremenda y la más elocuente prueba de los excesos con que pretende arraigar lo que está desacreditado en la opinión, y sólo es apto para producir los males que deploramos y hemos denunciado.

90 91

XXI. FUNESTÍSIMAS TENDENCIAS.

UN genio superior, guiado por providencial destino, arribó á estas remotas é ignoradas playas. Más que genio, fué luz, que disipó las sombras de la barbarie, y convirtió oscuros é inmensos desiertos en emporio de espléndidas campiñas, de ricas minas, de comerciales puertos y numerosas ciudades; más que luz, fué redentor de innumerables víctimas atadas al carro de groseras supersticiones, sin concierto, sin sosiego, sin comercio, sin artes, sin industria, sin nada, en fin, de lo que revela la verdadera civilización humana; más que redentor, fué padre amantísimo, que creó dilatada familia y fundó vastísima sociedad, perpetuándose en sus hijos con la comunidad del idioma, de las costumbres, de las tradiciones, de las leyes, del trabajo, y hasta de los blasones de su propia sangre.

¡Obra colosal y portentosa, la mayor en la historia, después de la creación del universo!

Library of Congress

Pero, andando el tiempo, los hombres civilizados quisieron volver la espalda á aquella luz, los seres redimidos escarnecieron á su propio redentor, y hasta los hijos llegaron á mofarse del padre que les diera el sér, pretendiendo, nada menos, que lanzarle 92 de su propia casa, y excluirle de la legítima propiedad adquirida con multitud de afanes y sacrificios. ¿Concebiríase siquiera tal porte de ingratos y villanos?

Ese genio superior fué España, y los hijos degenerados son los ingratos desafectos á la gran nacionalidad que descubrió y civilizó el Nuevo Mundo. Un grave autor nos ha enseñado á conocerlos por sus cartas y periódicos, por sus citas y anónimos y por la forma en que suelen describir la emancipación de nuestras posesiones americanas, atribuyendo á despotismo de los gobernantes lo que sólo fué efecto de deslealtad en los gobernados. Distínguense, comunmente, por su oposición y su odio á las cosas peninsulares, por sus apologías á hombres funestos para la causa nacional, por el olvido é indiferencia hácia los grandes y verdaderos patricios, y por el desvío que revelan hácia la madre patria, en todos sus actos.

Y ¿qué otra cosa hace la *autonomía antillana* de los presentes tiempos, que mostrarse en este sentido y revelar esas tendencias? Si no fuese bastante lo que cada uno de ella sabe y ha presenciado en la propaganda de sus doctrinas, nosotros tenemos pruebas incontestables para convencer al más obstinado de que aquel sistema, en no pocos de sus sectarios, no es más que un medio vergonzante de arraigar la revolución contra España y los españoles. Dura será la frase, y triste y amargo su conocimiento, pero, más amarga y triste es su realidad en la historia y en la experiencia. Somos testigos presenciales de los sucesos, y bien podemos afirmarlo, sin temor de ser desmentidos.

Además de lo expresado ya en capítulos anteriores, cerca, bien cerca está la fecha en que uno de los órganos de dicha fracción autonomista llamó á España *Metrópoli más ó menos legítima de las Antillas*; posteriormente, otro se atrevió á amenazar á estos españoles con unas como *Vísperas Sicilianas*; otro, después, dijo que nos fuéramos de aquí á reconquistar á Gibraltar con nuestra bravura y patriotismo; en el momento

Library of Congress

en que estas líneas escribimos, otro también niega el *dulce et decorum est pro patria mori*, del latino, sosteniendo que no siempre es la patria madre cariñosa á quien todo lo debemos; y otro, finalmente, después de anunciar que hierve ya la sangre en las venas de sus correligionarios cansados de tolerarnos, comete la torpeza de instar para que nos lancemos al campo, y midamos con ellos nuestras armas en quijotesco y extraordinario combate. ¿Concebiríanse, repetimos, tales y tantas demostraciones de odio y de rencor indignos de hombres civilizados?

Sí se conciben, y son las contenidas en otro de los periódicos de esta Isla, que, tras de llamar á los peninsulares, que arriban á estas playas, *asesinos* del bienestar de este suelo y *ladrones* 93 de su adelanto y felicidad, estampa el siguiente afrentoso párrafo, que, por sí solo, hace la *apología* de aquel funestísimo sistema:

“Puerto-Rico, esta tierra privilegiada que ha acogido en su maternal regazo á tantos extraños desheredados, á tantos errantes peregrinos y á tantos seres sin fortuna, sin hogar y sin familia, y cuyo destino aleve ha sido gemir á los repetidos golpes de un partido innoble y ambicioso de patrioterros, á la cruel influencia de una política opresora y tirana de un puñado de hombres sin principios y sin caridad, se siente débil para resistir el pesado fardo de sus desgracias presentes.”

Sí se conciben, y, más que todas las otras, son las contenidas en los siguientes conceptos del periódico *El País*, organo principal de los autonomistas cubanos, con los cuales, según se ha visto, han hecho causa común los autonomistas puertorriqueños. Esos conceptos son el guante de provocación más grave que ha podido arrojarse á la faz de la patria contra sus hijos; guante que, dicho sea de paso, recogido está, desde que la lealtad acrisolada se ve en la triste necesidad de luchar contra la perfidia. Escribió aquel periódico, en su número de 21 de Agosto próximo pasado, lo siguiente, sin que una voz siquiera de protesta se haya levantado, por parte de las publicaciones que aquí sostienen las doctrinas autonomistas.

Library of Congress

“La lucha entre peninsulares y cubanos es evidente, tiene, al parecer, raíces profundas.....

“La lucha que sostenemos no es contra la asimilación; no; es contra la desigualdad que nos rebaja y el privilegio de que gozan y que defienden los conservadores con el apoyo de los gobiernos y sus numerosos agentes; esa lucha contra los que de la Metrópoli inmigran á la Colonia, contra la injusticia y la conculcación del derecho, lucha entablada desde que los criollos tuvieron número, ilustración y riqueza, y que durará, sin tregua ni descanso, hasta que la justicia triunfe, el derecho prevalezca y acaben el monopolio, el privilegio y la tiranía. La Autonomía, al fin de esa larga y porfiada contienda, traería la paz, el orden y la concordia, pero, si á la postre no viniese, otros caminos se abrirían, otros ideales unirían á los criollos en la empresa de asegurar su bienestar.”

¿Tiene esto justificación posible? En vista de ello, ¿puede sostenerse y afirmarse la autonomía? Los que á ella se hallan afiliados, quizás por ignorancia unos, acaso de buena fé otros, ¿querrán continuar en un sistema que tales manifestaciones produce, y tan funestas tendencias revela, por las columnas de sus 94 principales órganos? ¿Podrán seguir siendo ciegos ó inconscientes sectarios de los hombres *civilizados*, que han vuelto los ojos á la primitiva luz, de los seres *redimidos*, que intentan crucificar á su propio redentor, de los *hijos* degenerados, que abominan de sus progenitores, cuya sangre llevan en las venas?

¡Infelices éstos! Nosotros, para resistirles, tenemos lo suficiente con nuestra inquebrantable fé, con nuestro indiscutible derecho, con las nobles simpatías de la mayoría de los antillanos, de igual derecho que nosotros, y con las cariñosas actuales demostraciones de toda la América Española hácia su antigua Metrópoli. Y, para compadecerles, nos basta con ser cristianos y saber que llevan carne de nuestra carne y nuestro común origen ó idéntica nacionalidad.

Región de España es ésta que habitamos; tierra de España es ésta en que vivimos. Huyan á la soledad, vigilados por eterno remordimiento, los que aquí no deben permanecer, los seres inconsiderados que de aquel modo se proponen cegar la fuente de todas las alegrías, y déjennos que, exentos de pasiones, abracemos y besemos estas bellísimas porciones de América, herencia sagrada de nuestros padres, suelo querido de tantas halagüeñas esperanzas, de tantas pasadas glorias y de tantas futuras grandezas.

95

XXII. LA AUNOTOMÍA EL PATRIOTISMO.

ESTE se siente mejor que se define; es nobleza de alma, hidalguía de sentimiento, rectitud de voluntad, y amor de corazón.

Por nobleza de alma se busca, exclusivamente, lo bueno, por hidalguía de sentimiento se ama, únicamente, lo bello, por rectitud de voluntad se odia y detesta lo malo, y por amor de corazón se quiere, entrañablemente, todo aquello que es digno de ocupar lugar preferente en nuestro pecho.

Lo bueno y lo grande, lo digno y lo bello, tienen su complemento, su armónico conjunto, su gráfica expresión en un solo punto, en un solo principio, en una sola idea, quizás, en una sola entidad, así como los cuerpos tienen su ley en el centro de gravedad, los rios su fin en el Océano, y las montañas en la elevada cumbre.

Esa idea, ese principio, esa entidad, son, en la familia, el padre que la representa, en las colectividades, el jefe que las preside, en la sociedad, el gobierno que la dirige, y en los pueblos, la *Patria*, que es el conjunto de todos, que los comprende todos, dentro de la noción de Estado.

96

Por consiguiente, el patriotismo, en el orden social, es la virtud más culminante, la que más términos abarca, la más extensa por su objeto, y, por lo tanto, la más grande por

Library of Congress

sus fines; es el amor de la nacionalidad propia dentro de la universalidad de los estados, es, en orden más embrionario, el amor de las provincias, dentro de la nacionalidad á que pertenecen, el amor de los pueblos dentro de las provincias, el amor de las familias dentro de los pueblos, y el de los individuos dentro de las familias, siempre en aquel orden de preferencia, jamás con la inverde términos, que anularía el verdadero patriotismo.

El patriotismo lo comprende todo, y nada excluye; es el deseo del bien general y particular, es el amor de lo grande y de lo pequeño, es el constante anhelo del progreso, que se cifra en el bienestar colectivo, y bendice los triunfos de la civilización en sus grandiosas manifestaciones y en los organismos que le dan vida.

El que se ama á sí mismo, y aborrece la familia, el que ama la familia, y detesta del pueblo, el que ama el pueblo, y maldice la provincia, el que ama la provincia, y reniega de la *Patria*, éste no es, no puede ser, verdadero patriota; será patriota, si lo es, como el salvaje que vive en la errante trébu, ó como el hipócrita, que aparenta avergonzarse de las faltas leves, mientras lleva sus pasos por el camino de las grandes transgresiones.

El patriotismo es idea que tan sólo se desarrolla dentro de la noción de Estado, y el que pretenda aplicarla, exclusivamente, á una porción del Estado mismo, la desnaturaliza, no la conoce, ni la practica, ni es capaz de sentirla en su cerebro. La virtud del patriotismo no tiene su verdadero culto, ni en la razón familia, ni en la razón pueblo, ni en la razón provincia; es algo más ámplio y extenso, y menos raquítrico y variable; es cielo donde brillan todos los astros de la civilización; es continente que se extiende por dilatadas zonas; es mar inmenso, que baña todas las riberas. No funda, no, su esencia, como virtud eminentemente social, en cada una de aquellas razones, sino en el conjunto de todas ellas, que es lo que se conoce con el nombre de *Patria*, y por eso se llama *patriotismo*.

¡El patriotismo!; ya lo hemos dicho; éste, más bien se siente que se define; hay que estudiarlo en las sublimes expansiones del corazón humano, en la historia de los grandes progresos de la humanidad, y en los acerbos dolores y supremas angustias de los

Library of Congress

pueblos; hay que estudiarlo en padres, que por él inmolan á sus hijos, como Guzmán; en reinas, que por él venden sus joyas, para descubrir nuevos mundos, como Isabel; en pueblos, que por él se arrojan sobre las llamas, como Numancia; en caudillos, que por él queman las naves, como Cortés, y en 97 Capitanes, que por él llenan la historia con su renombre, como los héroes del 2 de Mayo y Trafalgar. El gran pueblo francés ha olvidado ya las ruinas de las Tullerías, el incendio de la Biblioteca Nacional, la caída estrepitosa de su Emperador, los fatales desastres de Metz y de Sedán, pero, llora aún, y llorará, la pérdida de las dos provincias queridas, hoy adscritas y sometidas á los vastos dominios del Canciller de hierro.

Ubí bene, ibi patria, ha dicho un gran egoísta; *donde me va bien, allí está mi patria*. Este principio corrompido y corruptor viene á subvertir, por completo, el orden moral y social, y en su contra, además de los motivos de este orden y de los sentimientos innatos en el corazón humano, están las nostalgias perpétuas del emigrante y las alegrías dulcísimas del que, tras larga ausencia, vuelve á ver sobre los muros del castillo, ó sobre los mástiles de un navío, la noble y sagrada enseña, glorioso símbolo de la *Patria*.

El *cosmopolitismo*, que no pasa de simple teoría, si borra todas las fronteras y anula todas las patrias, es para crear otra mucho más grande, inmensa, cuyo centro sea la humanidad. La patria del *terruño* y del *campanario*, que se divisan desde la próxima ladera, es la patria de los pigmeos de espíritu y de los pobres de corazón; no es la patria grande, noble y respetada, de los ciudadanos dignos, que aspiran á ser tales, en el concepto de los pueblos civilizados.

“La patria, ha dicho un gran demócrata, no es el pedazo de tierra que pisan nuestros piés, ni el girón de cielo, que, cuando abrimos por primera vez los ojos, nos cobija; la patria es lo que descubrió el genio de nuestros navegantes, lo que conquistó el valor de nuestros capitanes, lo que civilizó la fé de nuestros mayores y el entendimiento de nuestros estadistas, lo que enardece la sangre de nuestros naturales, lo que defiende

Library of Congress

la sangre de nuestros soldados, y lo que asegura la lealtad de los españoles en ambos hemisferios.”

Sí; la patria es el pasado, el presente y el porvenir; los pueblos y las familias, los adelantos y el progreso; es luz, es espíritu, es orgullo, es esperanza, todo amparado bajo una sola gloriosa bandera y unido por el vínculo de un solo gobierno supremo y de una misma ley fundamental. Y el *autonomismo*, que pretende socavar ese gobierno, y el autonomismo, que ansía relajar aquel vínculo, y el autonomismo, que aspira á sustituir el poder inmenso nacional por el limitado régimen *del país por el país*, y el autonomismo, que procura sustituir el poderoso numen creador del derecho público, por la débil facultad especial de una Cámara insular, y el autonomismo, en fin, que detesta lo grande y busca lo pequeño, que se mofa de lo inmenso y ama lo ridículo, 98 no tiene patria, ni quiere patria, ni sabe lo que es patriotismo; es un *ilota* entre los hombres libres, es un *pária* excluido del trato de las gentes civilizadas, es un *proscripto*, en medio de la igualdad social.

No; la patria de los españoles todos ni es Aragón, ni Cataluña, ni Cuba, ni Puerto-Rico, ni Asturias; la patria de los españoles todos es *España*, y lo que este mágico nombre, histórica y geográficamente, encierra. Y el patriotismo de los españoles todos es el *amor incondicional* á esa España idolatrada, nación gloriosa, que domó la tierra y ensanchó los mares, que humilló las legiones del Gran Romano, que impulsó las velas descubridoras del Nuevo Mundo, é hizo capitular en campo raso á los bravos de Austerlitz; aquélla de quien dijo el más grande de nuestros poetas: *que en vuelo sin segundo, debajo de sus alas tuvo al mundo*.

99

XXIII. LA AUTONOMÍA Y EL PORVENIR.

LOS pueblos se perpetúan en sus razas, en sus leyes y en sus instituciones, y también mueren y desaparecen en en los extravíos y perturbaciones, ya de un orden, ya de

Library of Congress

otro, que enervan sus vitales fuerzas y desvían las corrientes de civilización, dejándolos en tinieblas. Es una ley cumplida siempre, y que tendrá su fiel realización en las épocas venideras y en mayor ó menor escala, según los casos y circunstancias. Los pueblos, como los individuos, están sometidos á ciertas y determinadas condiciones de existencia, y el que de ellas se aparte siente primero el malestar, se ve luego víctima de la enfermedad, y hallá, por fin, muerte segura, en el seno del ostracismo y del olvido.

Ahora bien; las Antillas, como todas las regiones del universo, están igualmente sometidas á esa ley necesaria é ineludible; ó se perpetúan en su raza, que es la raza española, en sus instituciones, que son las instituciones españolas, y en su propia y natural nacionalidad, que es la nacionalidad española, ó, de lo contrario, tienen que perecer al golpe de perturbaciones y excesos que las arranquen de su verdadero centro, haciéndolas girar, LC 100 pobres y desvalidas, á merced de cualquier elemento extraño ó de cualquiera tendencia absorbente y egoista. No hay otro camino, ni otra solución posible.

Y ¿qué perturbación, qué exceso, pueden producir en las Antillas tan tristes y fatales resultados? Pues, indefectiblemente, que el exceso y la perturbación de la llamada *autonomía*, en sus principios, y, más especialmente, en su última evolución.

Nadie puede dudar de ello. La experiencia, verdadera escuela de las sociedades, nos lo enseña con hechos elocuentes. Esas diez y siete repúblicas microscópicas, esparcidas por el suelo suramericano, nos dan cabal idea de lo que pueden llegar á ser los estados nacidos á la sombra de ficticia *autonomía*, cuando ni en la independencia que disfrutaban, desde que lograron, en mal hora, realizar los planes de emancipación, consiguen ver implantados el adelanto y el progreso en sus dominios. ¿Qué bienes, en efecto, ha realizado en una gran parte de ellas el régimen independiente? Campos abandonados, ciudades arruinadas, templos profanados, desconocida la industria, abatida la agricultura, fusilados los prisioneros, atacada la propiedad, nulidades que se levantan, oscureciendo el mérito de los verdaderos patriotas, déspotas que surgen de entre

Library of Congress

las ruinas amasadas con sangre de ciudadanos, y, sobre todo, el siniestro rumor de la conspiración y de la guerra, los continuos períodos de la anarquía y la licencia, que hacen declinar á las generaciones, y las sumen en el estacionamiento ó el retroceso. Tal es el cuadro de la felicidad soñada por los *libertadores del ominoso yugo*, en los albores de un régimen, que empujó á muchos pueblos, por un presente nada halagüeño, hácia un porvenir harto nebuloso.

Hélos ahí, diseminados como al azar por vastísima extensión, donde á la naturaleza plugo lucir sus incomparables y esplendentes galas; pero, donde también el emponzoñado hálito de las pasiones humanas corrompe el ambiente de aquél paraíso de hermosura, y obstruye el germen de las más grandes virtudes sociales, poniendo lo grande junto á lo pequeño, lo sublime junto á lo ridículo.

Hélos ahí, tras mucho andar extraviados en utópicos ensueños, en sus contados goces y fallidas esperanzas, suspirando, unos por la centralización del poder, buscando otros, en la proscripción y el destierro, la salvación de muchos de sus hijos, lamentando éstos los pugilatos civiles y las pasiones rencorosas que los oscurecen y aniquilan, huyendo aquéllos de las continuas mudanzas y tristísimas contrariedades á que se ven expuestos por rigor de la suerte, dirigiendo todos ya la vista á la narración brillante de lo que fué España con sus amados súbditos de América, LC 101 y volviendo la espalda á los luctuosos días que el génio del mal hizo aborrecibles en la revolución.

Ni un solo progreso, ni un solo paso de adelanto, que sea propiamente suyo ó hijo de su iniciativa, ha dado á la América que fué española ese régimen independiente en que gimen hoy muchos de aquéllos pueblos *redimidos* por falsos *libertadores*.

¿Qué hará, pues? ¿qué logrará hacer? ¿qué conseguirá la raquíta y absurda autonomía con que algunos sueñan salvar á las Antillas; esa autonomía, que ni es *nacionalidad* ni *independencia*, y que, sin tener las ventajas de la una ni los espejismos de la otra, lleva y encierra en sí todas las dificultades de la inercia, del aislamiento y de la

Library of Congress

impotencia? California en América, Egipto en Africa y otros pueblos del Viejo Mundo, en sus humillaciones y alternativas, lo dicen bien claro. Y, si no, ahí está la Bulgaria, la pobre é infelíz Bulgaria, abandonada de Turquía, su protectora, oprimida por el Czar, su dictador, explotada por Inglaterra, ambicionada por el Austria, sirviendo de pretexto á las conferencias europeas y al cálculo de los poderosos, presa de las divisiones intestinas y de los peligros exteriores, que por todas partes la rodean. ¡Cuán caros está pagando los ilusorios beneficios de su tan decantada autonomía!

Si la experiencia nos infunde esos temores, y nos hace conocer tan tristes males, en el por unos pocos acariciado sistema autonómico, la razón también nos muestra los poderosos motivos que se oponen á su ensayo y planteamiento. Un profundo político ha dicho que los pueblos deben unirse siempre y por completo á los que llevan sus naturales tendencias ó comunes intereses, porque otro camino, ni es político ni racional, ni puede tener larga vida. Pues bien; esos intereses comunes, esas tendencias y caracteres iguales, los tienen Cuba y Puerto-Rico con su madre patria, con España, que ha puesto en ellas todos los nobles carácterés de las provincias peninsulares, la gracia con el amor, el valor con la poesía, y el teson con la nobleza de Castilla.

Es, por tanto, indudable que toda tendencia autonómica es absurda y también imposible de realizar en las Antillas, dado que ni Cuba ni Puerto-Rico, por su extensión y manera de ser, bajo todos conceptos, poseen las condiciones necesarias para erigirse en estado autonómico. No tienen, por consiguiente, más recurso que, ó cumplir sus altos destinos, á la sombra de la gloriosa enseña que hoy las cobija, ó perecer abrazadas á la bandera de inconsciente forma de gobierno, en largos y contínuos períodos de anarquía social, sin llegar jamás á la meta de su evolución y progreso.

Ved ahí, ciegos autonomistas, el dilema, os repetiremos. En el primer extremo, la vida y la salvación; en el segundo, el término 7 102 desgraciado de vuestra propaganda; en este seríais absorbidos por el Coloso, brillaríais como los fuegos fátuos en oscura noche, os perderíais, como la gota de agua en el Océano, y por fin....¡desapareceríais vosotros, los

Library of Congress

que llevais en vuestras venas la noble sangre castellana, en el seno de otra civilización y de otra raza, de la que llegaríais á ser menos aún que miserables colonos!

Pedid, pues, todas las reformas que querais, dentro del patriotismo y de la Provincia Española, os diremos con el Sr. León y Castillo. Pero, la AUTONOMÍA...¡jamás! Y, sobre todo, no olvideis lo que acaba de deciros el gran paladín de la democracia española:

“ Antes que la República, antes que la libertad, antes que la democracia, la unidad, la tranquilidad, la paz de nuestra gloriosa España. ”

FIN.

103

ÍNDICE.

Capítulos. Páginas.

Dedicatoria 1

Dos palabras 3

I. La Autonomía y su historia 5

II. Ilusiones engañosas 11

III. Contradicción monstruosa 15

IV. ¡Sépalo el País! 19

V. La gran humillación 23

VI. El gran fracaso 27

Library of Congress

- VII. Retrato autonomista 31
- VIII. La Autonomía y su constitución orgánica 35
- IX. La Autonomía y la naturaleza 41
- X. La Autonomía y la administración 45
- XI. La Autonomía y el régimen político 49
- XII. La Autonomía y la legalidad 53
- XIII. Injuria por impotencia 57
- XIV. Ni víctimas, ni victimarios 61
- XV. ¡Amor al País! 65
- XVI. El Incondicionalismo y el autonomismo 69
- XVII. Por el Partido Incondicional 73
- XVIII. Y sereis como los Dioses 79
- XIX. Tempranos frutos 83
- XX. Vano recurso 87
- XXI. Funestísimas tendencias 91
- XXII. La Autonomía y el patriotismo 95
- XXIII. La Autonomía y el porvenir 99